

Este texto está cedido únicamente para su lectura. Para cualquier representación pública de esta obra, debes ponerte en contacto con la autora, o entrar en SGAE y tramitar la solicitud.

mluzdramaturga@hotmail.com

www.mariluzcruz.com

Vengan títulos, vayan bodas

M^a Luz Cruz

SINOPSIS: Comedia de enredo, ambientada en el Siglo de Oro. Esta farsa se gestó con el propósito de recoger algunos de los numerosos refranes que enriquecen la lengua castellana, e integrarlos en el lenguaje del propio texto, en ella, sutilmente colocados, se encuentran alrededor de doscientos dichos.

En esta comedia se dan cita: Un comerciante y su esposa que sueñan con pertenecer a la nobleza y, para ello, aspiran con casar a su primogénito, al que la fortuna no quiso dotarle de gracia alguna.

Un Conde con algún que otro recuerdo oscuro y la cándida hija de éste, que ya está en edad casadera, aunque ella no está por la labor, y como es de rigor, va siempre en acompañada de su enamoradiza doncella. Tampoco faltan, ni el pícaro cómico, ni la viudita cariñosa, ni la arrastrada sirvienta.

PERSONAJES

Custodio Rapiñez

Visitación Rapiñez

Palomo Rapiñez

Feliciano Cascabel

Abelarda (doncella)

Lucinda Cabraloca

Conde de Cabraloca

Cristinica (sirvienta)

Baronesa Tifi

Un solo decorado con tres ambientes:

A la derecha del actor, la vivienda de los Rapiñez puesta con un cierto lujo. A la izquierda el jardín de la casa del Conde y en el centro algún elemento que represente la plaza.

JORNADA PRIMERA

Por la puerta principal de la vivienda de Rapiñez entra Visitación.

VISITACIÓN - (Muy alterada) ¡¡Cristinica, Cristinica!! ¡Salid, holgazana, floja! ¿Dónde andáis metida? ¡Custodio, Custodio! ¿Estáis ahí? ¡Salid por Dios, que enfurecida vengo! ¡Menudo disgusto traigo!

(Salen los dos, uno detrás del otro, del interior de la casa.)

CRISTINICA - (Sale deprisa) Mándeme, la señora.

RAPIÑEZ - Sosegaos, mujer, que os va a dar un sponcio.

VISITACIÓN - (Zarandeando a Cristinica) ¿Dónde estabais desvergonzada que no salíais? Sisando del puchero, ¿no?

CRISTINICA - ¡Qué barbaridades dice la señora! (Pensando lo que va a decir) Barriendo el patio me hallaba, fregando las baldosas, y llenando los cantaros de agua.

VISITACIÓN - Conociéndoos, mucho trabajo me parece a mí. ¡Y el puchero?

CRISTINICA - A la lumbre.

VISITACIÓN - (*Dándole un empujón o una bofetada*) ¡Insensata! ¡No sabéis que **con pequeña brasa se quema la casa!** Traedme un buen tazón de caldo de gallina y echarle un pedazo de tocino, ¡que descompuesta vengo! ¡¡Y daos prisa!!

CRISTINICA - Como mande la señora... (*Relatando*) ¡Jesús, qué prisa! En diciendo melón, la tajada en la boca.

VISITACION - ¡No me repliquéis, descarada, insolente, y apresuraos en traerme ese caldo!

CRISTINICA - (*Retirándose*) Sosiéguese, vuestra merced, que ese caldo le puede caer mal.

RAPIÑEZ - Dejad a esa desgraciada y decidme, ¿qué os ocurre mujer que venís tan sofocada? ¿Qué os pasó?

VISITACIÓN - (*Abanicándose con mucha energía*) ¿Que qué me pasó? Juzgarlo vos mismo. Asombrado vais a quedar. Vengo del festejo al que me convidó doña Leocadia, el que daba para celebrar su aniversario, y allí estaban congregadas todas las señoronas del pueblo. ¿Y qué crees que me hicieron las muy pérpidas?

RAPIÑEZ - (*Impaciente*) No lo sé, contadlo de una vez que me tenéis impaciente con tanta espera.

VISITACION - Se pusieron a jugar a los naipes y a contar chismes.

RAPIÑEZ - (*Con una sonrisita*) Uf... ¡Mujeres juntas ni difuntas! ¿Y qué paso?

VISITACIÓN - Que me miraron, se echaron a reír y me hicieron el vacío.

RAPIÑEZ - ¿El vacío?

VISITACIÓN - (*Rabiosa*) Como lo oís, Custodio, como lo oís, el vacío.

RAPIÑEZ - ¿Vos no quisisteis jugar?

VISITACIÓN - ¡Claro que quería! ¡Cómo no había de querer! Y hoy, en precisamente, con muchísimo interés.

RAPIÑEZ - ¿Qué, habéis aprendido alguna triquiñuela nueva para ganarlas?

VISITACIÓN - No, Custodio, no. Todo mi interés en ese juego, era con el único fin de que esas arpías pudieran ver de cerca, “bien cerca” todas las alhajas que acababa de estrenar. (*Mirándose los anillos que lleva puestos*) Mirad, me he echado encima todas las joyas que tenía en el cofre. (*Parece un árbol de navidad*)

RAPIÑEZ - Y bien que hacéis en lucirlas bien lucidas, que mi buena fortuna me costó, para que encandiléis a todos esos mochuelos. Que **quien tiene buen anillo todo lo señala con el dedillo**.

VISITACIÓN - (*Muy orgullosa, enseñándolos*) Y yo como los tengo, eso hago. Todas ellas me miraban con una envidia... ¡Que, si la envidia fuera tiña, cuantas tiñosas habría!

RAPIÑEZ - ¡Qué rabien! Y decidme, ¿a quién cortaban el traje hoy?

VISITACIÓN - Han cortado varios. A la mujer del comendador el más grande, le han cortado casi un sayo.

RAPIÑEZ - ¡Se juntaron los delantales y no quedó de vecinas ni señales!

VISITACIÓN - Custodio, estoy muy apenada. ¡Tanta alcurnia, tanto abolengo y he sido tratada igual que si fuera su sirvienta!

RAPIÑEZ - (*Subiendo el tono*) ¡¿Que esas cacatúas te han hecho que las sirvieras?!

VISITACIÓN - Eso más o menos...

RAPIÑEZ - ¡Visitación! ¿Ha sido más, o ha sido menos?

VISITACIÓN - ¡Ha sido más! ¡Custodio, ha sido más! (*Ríe mientras cuenta su hazaña*)

RAPIÑEZ - (*Desconcertado*) ¿Y ahora de qué os reis? ¿Acaso os ha dado un pasmo?

VISITACIÓN - No, Custodio, no, quedaos tranquilo, que estoy en mi sano juicio. Me rio porque me he quedado bien a gusto.

RAPIÑEZ - ¿Y cómo?

VISITACIÓN - Cuando esas cotorras estaban entretenidas discutiendo sobre las ganancias de los naipes, y sin que ninguna pudiera verme, he volcado en el puchero del chocolate un jarrón lleno de agua fría.

RAPIÑEZ - (*Ríe a carcajadas*) ¡Muy bien hecho! ¡Visitación, muy bien hecho! He oído decir, que **chocolate y agua fría cagalera todo el día**.

VISITACIÓN - ¡Ojalá Custodio, ojalá se estén toda una semana con la tripa suelta!

RAPIÑEZ - Así aprenden esos mochuelos a tratar a una señora, que **burlas pesadas ni para viejas ni para casadas**.

VISITACIÓN - (*Riendo e imitando la voz*) Doña Serafina, la muy relamida, como la que no quiere la cosa, se acerca y le dice, Leocadia, querida, **chocolate que no tiñe... claro está**. ¡Y tan claro, como que era todo agua! Doña Leocadia, se ha puesto colorá como una graná, y le responde: estas torpes doncellas que no saben preparar tan exquisita bebida. ¡Ganas me dieron de tirarles el puchero a la cabeza!

RAPIÑEZ - Sosegaos mujer, que más tarde o más temprano, **donde las dan las toman**.

VISITACIÓN - A eso aspiro, a poder devolver el feo que me hicieron algún día.

RAPIÑEZ - A ello nos pondremos. (*Cambio*) Esa bebida tiene un sabor tan delicioso...

VISITACION - Sí, y alguna que otra propiedad curativa.

RAPIÑEZ - Yo no entiendo de esas cursilerías, y no digo que el chocolate no tenga alguna que otra propiedad curativa, pero pa curar cualquier achaque, no hay nada mejor que **jamón y vino añejo que estiran el pellejo**.

VISITACION - Sabido es de sobras que eso es así desde tiempos inmemoriales. Custodio, tenemos que conseguir unas cuantas taleguillas de tan distinguido manjar.

RAPIÑEZ - Por eso no preocuparos mujer, que mañana mismo encargo traer un costal lleno.

VISITACIÓN - ¿No será mucho cacao...?

RAPIÑEZ - **Más vale que sobre qué no que falte**. Así las convidáis una tarde a merendar a todos esos mochuelos y les ponéis los dientes largos.

VISITACIÓN - (*Muy eufórica*) ¡Sí, ¡Custodio, sí, eso, que se enteren de una vez como gasta a manos llenas su fortuna la mujer del comerciante Rapíñez! No crean que sólo ellas pueden pavonearse de tener esos antojos.

RAPIÑEZ - Y que sepan bien sabido **que aquí en nuestra casa todo nos sobra y nada nos falta**.

VISITACIÓN - ¡Sí, que lo vean, que lo vean bien visto! Pero, dejadme continuar, que eso no ha sido todo. Después del bochorno que pasó con lo del chocolate, quiso agasajarlas con unos vasitos de refresco y unas tortas (*Riendo a carcajadas*) ¡y quedó boquiabierta al encontrarse la fuente de las tortas medio vacía!

RAPIÑEZ - No me digáis más, se las habían comido las sirvientas en la cocina, ¿no es así? Si las debe de tener muertas de hambre.

VISITACIÓN - No, Custodio, no, esas tortas las he cogido yo.

RAPIÑEZ - (*Muy sorprendido*) ¡Tú...? ¡Tanta apetencia teníais?

VISITACIÓN - No, lo he hecho en venganza al feo que me han hecho esas pérvidas. Se miraban las unas a las otras sin salir de su asombro. ¡Las teníais que haber visto, Custodio! Allí las dejé, revolviendo toda la casa sin encontrar nada. (*Empieza a sacar bizcochos de debajo del vestido, del bolsito, del escote*) Mirar, ocultos aquí los traigo.

RAPIÑEZ - (*Con doble intención y riendo a carcajadas*) Mujer... hacerles esa pillería después de haber sido invitada a ese festejo de tanto linaje y tanta opulencia...

VISITACIÓN - No os carajeéis, no os carajeéis, que **cada cual cuenta la fiesta como le va en ella**. (*Lacrimosamente*) Y a una servidora, en esa le ha ido muy mal, Custodio, muy malamente.

RAPIÑEZ - (*Trata de consolarla*) Venga, venga, no acongojaros que **buenos y malos martes los hay en todas partes**. Lo que les pasa a todas esas aristocráticas es que tienen **el mal del tordo**.

VISITACIÓN - ¿El mal del tordo? ¿Y qué mal es ese?

RAPIÑEZ - (*Riendo y moviendo el trasero*) La **cara flaca y el culo gordo**.

VISITACIÓN - Ese mal seguro que lo padecen, porque todas ellas tienen unas caras... largas... largas... y afiladas como navaja de barbero. (*Suspirando*) **Más vale gorda y lustrosa que fea y asquerosa.**

RAPÍÑEZ - (*Afirmando con la cabeza*) ¡Como que **no hay mejor espejo que la carne sobre el hueso!**

VISITACIÓN - ¿Sabéis quién estuvo y se marchó en un santiamén?

RAPÍÑEZ - (*Muy intrigado*) ¿Quién, la mujer del comendador?

VISITACIÓN - ¡No...! Y menos mal porque después del feo que esas lechuzas me hicieron... (*Dándose una vuelta*) Custodio, ¿cómo me veis?

RAPÍÑEZ - Con los ojos, Visitación, con los ojos.

VISITACIÓN - Decidme, ¿no soy la mejor vestida de la provincia...?

RAPÍÑEZ - Eso ni dudarlo tiene, que vuestro vestido está hecho del mejor paño de toda la comarca. Bueno, ¿vais a contarme quién se encontraba en ese ruinoso festejo?

VISITACIÓN - La Baronesa Tifi.

RAPÍÑEZ - ¡Acabose el mundo pues faltó de él don Facundo! ¿Y qué hacía allí que no estaba atendiendo a todo el tropel de perros y gatos del que disfruta?

VISITACIÓN - Pasó un instante, el justo para donarle un presente a doña Leocadia. Y en santiamén salió por la puerta como un relámpago ¿Sabéis con qué la ha obsequiado?

RAPÍÑEZ - Dejadme que lo adivine, ¿Tal vez, con uno de sus tapices?

VISITACIÓN - ¡Que va...! Por su cara, seguro ensoñaba con algo de esa categoría, pero el chasco ha sido grande, porque el presente que le ha donado, ha sido, ¡un gran lazo rojo y de él iba atado un minino!

RAPÍÑEZ - ¡Un lazo con minino? ¡Lo que te digo! **De lo que doy tengo, y de lo que tengo doy.** Y esa de gatos tiene muchos.

VISITACIÓN - Al entregárselo, le expone la baronesa con mucha pompa, (*Imitándola*) Este gatito, es gatito de compañía, no un gatito cazador. El color del lazo era precioso, un rojo escarlata, precioso, Custodio.

RAPÍÑEZ - (*Con doble intención*) Un color muy propio para adornar a un gato.

VISITACIÓN - A doña Leocadia, me da a mí que no le hizo ni pizquita de gracia ese presente, se veía no ha sido de su agrado. En cuanto ese minino se vio en el suelo echó a **correr como alma que se la lleva el diablo** y se enganchó de los cortinajes del salón.

RAPÍÑEZ - Era de temer, al ver a tanto espantajo junto, ese gato ha salido en espantada a colgarse.

VISITACION - Todas ellas huían dando respingos por miedo a los arañazos. Y después de utilizar todas las artimañas para bajarlo, él solito se ha dejado caer de un salto, y **ni corto ni perezoso** ha ido a orinarse en la mejor de las alfombras.

RAPIÑEZ - Es de comprender. Es que **nadie toca el tambor sino el que lo tiene**.

VISITACIÓN - (*Muy sorprendida*) ¿Ese minino toca el tambor? ¿Y vos cómo lo sabéis?

RAPIÑEZ - Mujer, no seáis bruta. Lo que os quiero decir, es que ese gato está acostumbrado a vivir entre tapices y colgaduras y es su naturaleza que se orine donde le plazca.

VISITACIÓN - Doña Leocadia, estaba rabiosa y entre dientes murmuraba, **gato que no caza para que lo quiero en casa**.

RAPIÑEZ - Esa Baronesa tendría que haber sido más juiciosa y regalarle algo menos pestilente, porque **gato meador llena la casa de hedor**.

VISITACIÓN - Ya sabéis el apego que tiene a esos animales.

RAPIÑEZ - **Jorobas y manías no curan los médicos**. Y esa baronesa de esas tiene un quintal.

VISITACIÓN - Ahora tiene una nueva contienda. Le ha dado por abrazarse a los árboles de la plaza para protegerlos.

RAPIÑEZ - ¿Protegerlos, de quién?

VISITACION - Del alcalde, quiere cortarlos para que no tropiecen los carros y las mulas.

RAPIÑEZ - Con lo bonita que está la plaza y la sombrita que en verano dan. **Qué bonito pueblo de pesca si tuviera río**. Ese alcalde querrá que se nos cueza la sesera y así cerramos los ojos y no notemos la subida de los impuestos.

VISITACIÓN - La baronesa nos ilustró diciendo, **quien es ruin en su villa lo es también en Sevilla**.

RAPIÑEZ - Nos querrá mutilar toda la plaza por aquello de que **quien a buen árbol se arrima nadie le ve cuando orina**.

VISITACIÓN - Custodio, tenemos que hacer algo.

RAPIÑEZ - Visitación... **Que esa plaza “ni se arrienda ni se vende y si se vende se arrienda” el demonio que lo entienda**.

VISITACIÓN - Custodio, somos los más adinerados de este cochino pueblo **y no tenemos ni voz ni voto** en nada, ni un blasón de nobleza colgando de nuestra puerta.

RAPÍÑEZ - Todo se andará... todo se andará... Que el blasón no se compra en la botica.

VISITACIÓN - Todas nuestras esperanzas se hallan ahora puestas en la hija del Conde y nuestro querido Palomo.

RAPÍÑEZ - (*Por Palomo*) Mirar, qué casualidad. **Hablando del Rey de Roma por la puerta asoma**.

(Entra por la puerta principal Palomo, es escuálido y con aspecto de poca salud, a diferencia de Custodio y Visitación que más bien rollizos)

RAPÍNEZ - *(Directo al grano)* Decidme, ¿cómo lleváis la relación con Lucinda?

PALOMO - *(Lánguido)* No muy bien padre, no muy bien. Por más que insisto, Lucinda se muestra esquiva cuando me acerco a ella.

VISITACIÓN - *(Casi rogándole)* Palomo, hijo, sé cauto, y no precipitaros ni mostraros impaciente, que a ese condado tenemos que acabar hincando el diente. *(Con una sonrisita)* Tened bien presente, que **hombre prevenido vale por dos**.

PALOMO - *(Lacio moviendo la cabeza)* No sé, no sé qué decirle, madre, no sé. Si yo apenas valgo por uno.

RAPÍNEZ - ¡Callad, que no quiero oíros hablar con tan poco brío!

PALOMO - Ya saben vuestras mercedes, que no ando yo muy despierto en materia de mujeres.

RAPÍNEZ - Y mucho me temo, que con vuestra torpeza podríais acabar arruinando las esperanzas que tenemos puestas vuestra madre y yo en ese condado, porque **hombre dormido ni del todo muerto ni del todo vivo**.

PALOMO - *(Sorprendido)* Madre, ¿vos también lo desea?

VISITACIÓN - *(Con mucha ceremonia y casi bizca de emoción)* Hijo, en este preciso instante, no hay nada que lograse hacerme más feliz que codearme todos los días con la nobleza, y de esa manera, poder acallar las murmuraciones de todas las aristocráticas del pueblo.

RAPÍNEZ - Vuestra madre, si cabe, lo ansía con mayor ilusión que un servidor. No veis lo hechizada que está con sólo imaginarse adornada con ese título... ¿No es así, Visitación?

VISITACIÓN - Así es, Custodio, así es. *(Pensando en voz alta hace una genuflexión y coloca las manos en posición del besamanos como si se presentase)* Buenos días, su excelencia, soy la madre del desposado con la condesa... condesa de...

RAPÍNEZ - ¿Lo veis, Palomo? Si aun en la noche, hasta en sueños se pasa ensayando el saludo con tal esmero...

PALOMO - *(Le corta)* Madre, le sugiero lo que vos me aconseja siempre a mí. Que vuestra merced no sueñe tanto... no sueñe tanto... **Que soñaba el ciego que veía y era las ganas que tenía. Que no es bueno vender la piel del oso antes de cazarlo.**

VISITACIÓN - *(Alterada)* ¡Custodio! ¿Vos lo oís? *(A Palomo dramatizando)* ¡Cómo osáis tener la crueldad de quitarle la ilusión a vuestra anciana madre! ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!

RAPÍNEZ - *(Buscando algo para darle un golpe)* ¡Pedit perdón al instante a vuestra madre, o agarro un garrote y os deslomo!

VISITACION - Custodio, el señor no tuvo a bien concedernos más hijos y el que nos dio nos salió torcido. (*Dramatizando se agarra el pecho y se deja caer en una silla*) ¡Ay de ay! que al alma llega y en llegando, allí se queda.

RAPINEZ - ¡Solo los necios y los tontos tiran piedras en su propio tejado! ¡Cristinica, Cristinica!

VISITACION – Tranquilizaos, Custodio, que os puede dar un ataque (*Mirando a Palomo*) **Que rebuznos de burro no llegan al cielo.**

CRISTINICA - ¿Qué pasa señor? ¿Quién pegaba esas voces?

RAPIÑEZ - ¡Cuidaos de vos y dejad de ser tan entrometida! Traer a la señora un jarro de agua bien fresca y acercaos a casa del galeno que os dé algún remedio que pueda calmar la zozobra que aflige su delicado corazón.

CRISTINA - Señor, yo conozco un ungüento muy antiguo que hacía mi abuela. Que en paz descanse. Se trata de daros sobre el pecho unas friegas de **aceite y romero frito, que son bálsamo bendito.**

VISITACIÓN - ¡Dejaos de ungüentos de viejas y traedme de una santa vez el caldo que os pedí al entrar a casa! Que no hay mejor remedio, que estar bien alimentado.

CRISTINICA - (*Con intención*) Sí, claro, señora... Presurosa voy por él. **Que al enfermo que es de vida, el agua le es medicina.**

(*Cristinica se retira*)

PALOMO - (*Con miedo*) Madre... No logro adivinar por qué os ponéis así... Sólo quise deciros que no os ilusionéis tanto, porque **unos pocos sueños se cumplen y otros se roncan.**

RAPIÑEZ - ¡Pues los de vuestra madre y los de un servidor son de los que se cumplen! (*Mirándole fijamente y moviendo la cabeza*) Tenéis la obligación de darle ese gusto a vuestra madre! **Hay grandes narices que no huelen las perdices.**

VISITACIÓN - Sabido es lo que se comenta en todo el pueblo, que Lucinda es la mejor moza de la provincia. La más fina y la más delicada.

RAPIÑEZ - De eso no hay duda alguna y el ser hija del Conde Cabraloca, es un acicate que la hace más hermosa todavía. Hemos de emparentar con ese título como fuere.

PALOMO - (*Agarrándose la cabeza*) Aturrido me hallo, que como le he dicho antes no ando yo muy suelto en eso de rondar a las mozas y menos si son tan principales. (*A Rapiñez*) Y como a vos le he oído incansablemente la tan traída sentencia...

VISITACION - ¿De qué sentencia le habéis hablado vos?

RAPIÑEZ - ¡Y yo qué he de saber con lo que nos ha de salir ahora!

PALOMO - ¿No la recuerda vuestra merced? Esa, la de... **Mujer que habla latín, rara vez tiene buen fin.**

RAPIÑEZ - ¡Dejad esas simplezas, para momentos menos oportunos pues ya es tiempo de despabilarnos y corráis tras ella! **Que nunca es tarde si la dicha es buena.**

VISITACION- Y abrid bien los ojos, porque corre el rumor de que el hijo del Marqués de Chinarro la anda rondando y de sobras es sabido que **más vale llegar a tiempo que rondar un año.**

PALOMO - (*Con desgana*) Es que... padre, si el señor marqués llega antes y logra sus favores...

VISITACIÓN - ¡¡Eso nunca!! ¡Tenéis que ser más avisado!

RAPIÑEZ - (*Subiendo el tono*) ¡Pues tendremos que apresurarnos a agasajarla, antes de que el tal Chinarro ese nos tome la delantera! Que, en esta vida, **más moscas se atrapan con miel que no con hiel.**

PALOMO - (*Con simpleza*) Padre, no cegaros tanto... no cegaros tanto, que **quien se preña de ilusiones acaba pariendo desengaños...** Y si esa mujer tiene que ser para ese tal Chinarro, ¿quién soy yo para oponerme?

RAPIÑEZ - ¡Parecéis que estáis en Babia! ¡Vuestra simpleza no tiene igual! ¡Despabila! ¡Palomo, despabila! ¡Vais a consentir allanarle el camino sin oponer resistencia alguna a ese Chinarro?

VISITACIÓN - ¡Palomo, hijo, aprended esto de una vez! **Que hombre metido en afrenta vale por treinta.**

PALOMO - (*Resoplando*) Ufff... En mucho pretenden meterme ustedes.

RAPIÑEZ - ¿Vais a tolerar que ese petimetre, ese competidor de pega, ocupe vuestro puesto?

PALOMO - No sé qué decirle, padre, menudo tute. Que esa gente está muy acostumbrada a las conquistas y yo... (*Como si nada*) Sabe qué le digo, padre, **que lo que no es bien venido no es bien lucido.**

RAPIÑEZ - ¿Pero vos le estáis oyendo las necedades que por esa boca está soltando este mentecato?

PALOMO - (*Como cansado*) Ufff... Semejante trajín, por una mujer que cada vez que me acerco a ella, gira la cara y empieza a carcajearse. Parece talmente que se mofe de mí.

VISITACIÓN - (*Lo coge por la mejilla*) Esas son artimañas de mujer, que fingen volverse esquivas, para ser más deseadas cuando un mozo cabal como vos se les acerca para pretenderlas.

RAPIÑEZ - Vuestra madre tiene razón, y si esa moza se ríe, **mejor es morir de risa que de ictericia.**

PALOMO - Pero a vos siempre le he oído decir que **reír en exceso es señal de poco seso.**

VISITACIÓN - (*Tratando de desviar la conversación*) ¡¡Cristinica, traedme de una vez el tazón de caldo que os pedí! (*Se escuchan golpes de cacharros que provienen del interior*) ¡¿Qué habéis hecho desdichada?!

CRISTINICA - (*Saliendo algo temerosa con un trozo de cántaro roto*) Perdóneme la señora, y no me castigue vuestra merced, que yo sabré reponer el cántaro con algún otro, que este me rodó de las

manos por no asentar bien las patas de esa cantarera. Señora, ya es sabido que **tanto va el cántaro a la fuente, que allí deja el asa o la frente.**

VISITACIÓN - ¡No hace poco quien su culpa le echa a otro! ¡Infeliz, necia, simple! Desgraciada, ¡¿cómo vais a reponer un cántaro como ese con vuestro jornal?! (*Palomo mira embelesado a Cristinica*)

CRISTINICA - ¡Pues sisándoos a vos!

VISITACIÓN - (*Tratando de agarrarla para pegarla*) ¡¡Venid aquí desdichada, fresca, descarada!! ¡Así me pagáis el habeos recogido! (*Palomo mira embelesado a Cristinica y ríe*) ¿Y vos, de qué os reis?

PALOMO - De Cristinica, que tiene muchísima gracia.

CRISTINICA - Perdóneme, vuestra merced y no me lo tome en cuenta, que quise decir que yo os lo pagaré regateando por vos al alfarero cuando vaya al mercado.

VISITACIÓN - ¡**Esta te la paso, pero la próxima te aso!**

PALOMO - (*Embelesado*) Cristinica, ¿queréis que os ayude a recoger los pedazos?

CRISTINICA - ¡De mil amores!

VISITACION - ¡Descarada, fresca! (*Mirando a Palomo*) ¡Vos a lo vuestro! Que **no se hizo la miel para la boca del asno.** (*Empujando a Cristinica*) Vayamos dentro a ver el nuevo estropicio que habéis hecho, que yo os enseñaré a vos.

(*VISITACION y CRISTINICA se retiran*)

RAPIÑEZ - (*A Palomo*) No perdáis más tiempo, con majaderías de criadas, que **el tiempo es oro.** Ahora, a **rogar al santo, hasta pasar el tranco,** que antes de que amanezca partimos para la Villa.

PALOMO - ¿Tan de mañana, padre?

RAPIÑEZ - Sí, que **al que madruga, Dios le ayuda.** Que hemos de volver cuanto antes.

PALOMO - Ya, padre, ya. **Pero no por mucho madrugar amanece más temprano.** ¿Y con qué fin hacemos tan largo viaje?

RAPIÑEZ - Hijo, sois estrecho de miras y para más carga de tus padres corto de entendederas. Con que fin, con qué fin... ¡Ay, Palomo, Palomo, la suerte no está en criarte sino en casarte!

PALOMO - Tampoco corre tanta prisa.

RAPIÑEZ - **La ocasión la pintan calva.** El motivo del viaje es la compra de unos buenos paños para obsequiar a Lucinda y con ello se dará buena cuenta de que nuestras intenciones son de fiar. Que **fortuna y ocasión favorecen al osado corazón.**

PALOMO - (*Con una sonrisita*) Qué cabeza tenéis, pensáis en todo.

RAPÍÑEZ - Lo contrario que la vuestra que en nada piensa. ¿Cómo creéis que he amasado la fortuna que poseo?

PALOMO - No lo sé, no lo sé (*Con doble intención*) ¿Vendiendo o regalando paño...?

RAPÍÑEZ - (*Dándole un golpe en la cabeza*) Utilizando la testa y ahora he puesto todo mi empeño en emparentar con los Cabraloca ¡y así será!

PALOMO - Tenga cuidado, vuestra merced, que le veo muy obsesionado con ese título y ya sabe, asiento en alto, **temor y sobresalto**.

RAPÍÑEZ - Vos sí que me sobresaltáis ¡De qué me vale toda la hacienda que poseo sino para emparentar con la nobleza! Para el disfrute de vuestra madre y mío.

PALOMO - A lo mejor, no disfrutan vuestras mercedes tanto como creen... Que se comenta por ahí que **humos de hidalgía cabeza vana y bolsa vacía**.

RAPÍÑEZ - ¿Y quién lo comenta? ¡Algún envidioso! ¡Vos, ocupaos de esa moza! ¡Qué mal se hospeda quien llega tarde a la venta!

PALOMO - No se ponga así, que no sabemos si en esa venta hay hospedaje para un servidor o para ese tal Chinarro.

RAPÍÑEZ - Pues ya podéis aligeraros en averiguarlo, no pretenderéis que vuestro padre sea siempre quien os **saque las castañas del fuego**.

PALOMO - Padre, que con las mujeres **más vale caer en gracia que ser gracioso**.

RAPÍÑEZ - Si fuere necesario os vestís de bufón, porque ese condado no se nos puede escapar ¡Me oís? Y si tenéis que librarse una batalla con el Chinarro ese, habrás de poner de tu parte lo que fuere necesario, que para eso seréis vos quien disfrute de la hermosa Lucinda.

PALOMO - ¡Por Dios, padre, en qué afrentas me metéis!

RAPÍÑEZ - (*Dándole un empujón*) Anda, vamos al cobertizo a preparar las mulas y el carro para mañana, que el camino es largo, y el enemigo avanza.

PALOMO - (*Resignado*) Y tan largo... Mire que no tengo yo muy claro todo este asunto, que nos puede pasar aquello de **jugar y perder, bien puede suceder**.

RAPÍÑEZ - (*Lo mira de arriba abajo*) Hijo, la **carga cansa pero la sobrecarga mata**.

(*Los dos se retiran. En la plaza se cruza ABELARDA y FELICIANO*)

FELICIANO - (*Haciendo una reverencia*) Buenos días, señora. Podría...

ABELARDA - (*Le corta rápidamente mirándolo de arriba abajo*) Señorita... señorita, si no os importa...

FELICIANO - Desde luego que no. (*Con doble intención*) Perdonad, señorita... Cómo pude estar tan ciego, y no reparar que vos sois mocita nueva y no os halláis todavía en edad casadera...

ABELARDA - (*Siguiendo el juego*) Si queréis divertiros os compráis un trompo y una guita, que una servidora no consiente ser motivo de burlas de nadie y menos por un bufón como vos.

FELICIANO - (*Con entusiasmo*) ¡Esa es mi suerte, que algo de bufón poseo y llevo ese calificativo con muchísimo orgullo!

ABELARDA - (*Con intención*) Lo dicho... **Por guasón ahorcaron a Revenga y después de ahorcado sacaba la lengua.**

FELICIANO - (*Con una sonrisita sigue con la guasa*) Vaya con el tal Revenga... Eso es ser fiel a sus principios que acabó por llevarlos hasta las últimas consecuencias.

ABELARDA - ¿A sus principios o a su estupidez?

FELICIANO - Puede que algo de eso hubiera, y no quisiera yo pecar de lo mismo. (*Haciendo una reverencia a modo de gracia*) Por eso os pido que no toméis en cuenta el que os haya entrado con tan mal pie. Aunque, si os he de ser sincero, en eso de responder vos tampoco os quedáis muda...

ABELARDA - Si os anduvieseis con un poco más de juicio cuando os dirigís a una señorita como una servidora, **otro gallo os cantara**, que no **pica la abeja a quien en su paz la deja...**

FELICIANO - He de reconoceros que algo tosco sí he estado. Pero, aunque no me creáis yo soy de la opinión, **que la mujer y el melón cuanto más maduros mejor**.

ABELARDA - (*Halagada*) Ahora empezamos a entendernos algo mejor. Y decidme ¿qué queríais preguntarme?

FELICIANO - Primero, dejadme que me presente, soy Feliciano Cascabel y...

ABELARDA - (*Riendo a carcajadas*) ¿Habéis dicho... Feliciano Cascabel?

FELICIANO - (*Sonriendo*) Sí, y me alegra que mi nombre sea la causa de tanta carcajada, que eso deja ver, que además de estar dotada de gran hermosura, también poseéis un saludable sentido del humor.

ABELARDA - (*Sigue riendo*) Y resulta muy fácil sacarlo con un nombrecito tan irrisorio...

FELICIANO - El que tuvieron a bien en ponerme mis padres y os aseguro que no tengo queja alguna, (*Haciendo alguna pируeta*) ¡Feliciano Cascabel! ¡Qué mejor nombre para un buen cómico como yo!

ABELARDA - (*Muy sorprendida*) Vaya... vaya, un cómico y por lo visto no tenéis abuela...

FELICIANO - No, no tuve el gusto de conocerla.

ABELARDA - Vaya, pues lo siento. Vos diréis, ¿qué es lo que se os ofrece?

FELICIANO - Querría saber si conocéis una posada que esté cerca de aquí.

ABELARDA - Al salir de la plaza, a mano derecha, encontrareis una.

FELICIANO - ¿Sabéis si es limpia y si se come bien? (*Tocándose la barriga*) **Que la salud de todo el cuerpo se fragua en la caldera del estómago.**

ABELARDA - No conozco a la cocinera de esa posada, pero a juzgar por la gordura que luce el posadero se debe comer muy bien. En cuestiones de limpieza no sé qué deciros, que hay veces que **cuanto más sucia la cocinera, más gordo el amo.**

FELICIANO - Tendré bien en cuenta vuestro consejo. (*Le hace una reverencia con el sombrero*) Y espero veros en el corral de comedias, así comprobareis por vos misma lo buen cómico que soy...

ABELARDA - (*Coqueteando*) No os prometo nada. O sea, ¿que sois cómico?

FELICIANO - Sí, de la compañía la Garnacha, para más señas, y nos quedaremos...

(*Los dos se retiran hablando por la plaza. Sale de la casa del conde, Lucinda y su padre, el conde Cabraloca*)

LUCINDA - (*Va delante abanicándose con energía*) No logro alcanzar a comprender la obsesión que vuestra merced tiene con ese... no sé bien como he de llamarlo.

CABRALOCA - Llamadlo por su nombre.

LUCINDA - Pero, padre... si hasta el nombre causa risa.

CABRALOCA - (*Haciendo la comedia*) Lucinda hija, quiero que sepáis que, desde el desgraciado suceso de vuestra madre, únicamente he pensado en vuestro bienestar, y ahora el mayor de mis empeños es el de procuraros un matrimonio provechoso para vos.

LUCINDA - (*Le hace una caricia*) Por mí no debéis preocuparos, muy al contrario, en el estado en que me hallo me siento muy bien. Vos, en cambio, deberíais poner un poco de alegría en vuestra vida. Podrías cortejar a la baronesa Tifi... Que de todos es sabido que le agradaís mucho, me atrevería a aventurar que muchísimo. (*Con una sonrisita picarona*) Y vos ya sabéis... **que la nave que tiene buen viento pronto llega a puerto.** Y de su posición padre, no hay que decir, es más que desahogada.

CABRALOCA - Sí, pero eso no es suficiente. Y aunque su difunto esposo la dejó una valiosísima colección de lienzos y tapices, que han sido valorados como una de las mayores fortunas, aun así, con toda la riqueza que posee, sigo sin sentirme atraído por esa baronesa, ni un poco.

LUCINDA - Venga, padre, (*Le hace el ejemplo con los dedos*) ¿Ni un tantito así...?

CABRALOCA - Ni así, ni asá, me hallo en posición de decir, un nada de nada. Que hay ocasiones en que **la fortuna enloquece a los mismos que favorece.**

LUCINDA - ¿Lo decís por sus extravagancias?

CABRALOCA - Por eso y porque a mí me da que esa baronesa es de **las de rosario en mano y diablo en la faldriquera.**

LUCINDA - No deberíais juzgarla sin conocerla mejor.

CABRALOCA - Puede que tengáis razón, pero conviene que no olvidéis por ser más que sabido, que, **en casa de mujer rica, ella manda y ella grita**.

LUCINDA - (*Con una sonrisita*) Padre... no pequéis de modestia, que ambos sabemos que vuestra fortuna no es la de la baronesa, pero vos también gozáis de una posición más que desahogada...

CABRALOCA - (*Tose para disimular*) Lucinda ... no es de buena educación hacer alardes de lo que uno posee.

LUCINDA - Y no lo he pretendido. Perdonadme si he pecado de indiscreción. Aunque sigo opinando que la deberíais conocer mejor.

CABRALOCA - (*Con mucha cara*) Hija mía, en estos momentos ni poseo tiempo ni deseo alguno de galantear a esa baronesa.

LUCINDA - (*Subiendo el tono*) ¡No os comprendo, me exigís a mí que entregue mi corazón a ese necio y vos a la baronesa en todo yerro le halláis!

CABRALOCA - (*Reprendiéndola*) ¡Lucinda, os ruego que guardéis la compostura!

LUCINDA - Perdonad, padre.

CABRALOCA - Lo vuestro es muy distinto, estáis en edad casadera y todos mis desvelos únicamente están encaminados en procuraros un esposo conveniente.

LUCINDA - ¡Pues dejadme que sea yo quien lo elija!

CABRALOCA - ¡Qué barbaridades estáis diciendo! ¡**Moza galana calabaza vana!** ¡¿O es que pretendéis que se diga de vos que soy ligera de cascós como moza de mesón?!

LUCINDA - ¡A las mujeres siempre nos toca perder!

CABRALOCA - No siempre, hija, no siempre. En este caso no es así, que **más vale rico labrador que marqués pobretón**.

LUCINDA - (*Con cautela*) Padre, precisamente del hijo del marqués de Chinarro quería hablaros...

CABRALOCA - (*Muy alterado*) ¡Ese apellido no quiero que sea pronunciado en esta casa, ni nada que se refiera a él! ¡Sólo oírlo me produce dolor de cabeza!

LUCINDA - Pero, padre... si no sabéis que he de deciros.

CABRALOCA - ¡No tengo nada que escuchar de ese Chinarro! ¡Ese es como el padre, **un lobo con piel de cordero!** Claro, **de tal palo tal astilla**.

LUCINDA - Pero padre... sólo pretendo deciros que desde hace algún tiempo me viene rondando, y con muy buenas intenciones...

CABRALOCA - ¿Rondando? ¡Eso no lo voy a consentir! ¡No tengo ningún interés en saber nada sobre sus intenciones! ¡No permitiré que ningún Chinarro se acerque a vos, ni el padre, ni el hijo, ni toda su estirpe!

LUCINDA - Padre, por favor, calmaos que os pueden dar un coágulo. No os lo quise decir antes porque sabía la inquina que le tenéis al padre, y por vuestro enojo, veo que se lo seguís teniendo.

CABRALOCA - (*Alterado*) ¡Eso no! ¡No es inquina, ni ojeriza, son deseos de reparar dignamente todos los agravios recibidos en otro tiempo! Un tiempo que ya queda muy lejano.

LUCINDA - (*Tratando de convencerlo*) Por eso, padre, como vienen de tan lejos no sería prudente olvidarlos.

CABRALOCA - ¿Olvidarlos? ¡Hay heridas que no cierran nunca! ¡**Y de los escarmentaos salen los avisao**s! ¡Si ese tal Chinarro tiene la desfachatez de acercarse a vos, por mi vida, que me veré obligado a retarme en duelo con él!

LUCINDA - ¡Padre, por Dios, no hablareis en serio!

CABRALOCA - No me pongáis a prueba, si no queréis que ese alfeñique pruebe el acero de mi espada. ¡Qué con las ganas que le tengo... podría acabar ensartado como un pincho moruno!

LUCINDA - ¡Por Dios, padre, me asustáis, habláis como si fueseis un vulgar pendenciero!

CABRALOCA - ¡Y actuaré como tal, si fuere necesario, para mantener en su sitio a ese ladrón!

LUCINDA - (*Sorprendida*) Padre, ¿acaso os robó algo?

CABRALOCA - ¡Sí, y de mucho valor! ¡Esa boda nunca la permitiré yo, antes tiro al Chinarro ese de lo alto del campanario de la iglesia! **De tales bodas tales costras.**

LUCINDA - (*Tratando de calmarlo*) Quedad tranquilo, que me ha quedado bien claro que no he de ser yo quien elija esposo.

CABRALOCA - (*Cambiando de actitud*) Si vuestro solicitante fuese cualquier otro, estaríamos celebrándolo, pero con ese... ese... ¡no, no, y no! Ahora no me pidáis que reviva el doloroso suceso que tuve con ese mal nacido.

LUCINDA - Yo no puedo elegir y vos en cambio...

CABRALOCA - (*Cambiando de aptitud*) Mi mal es otro, que yo ya he probado las mieles del matrimonio y temo que con otra mujer pudiera caer en la falta de compararla con vuestra santa madre. Que como bien sabéis, fue modelo de virtudes.

LUCINDA - Lo sé, padre, y siempre la habéis tenido en un pedestal, pero creo que ya es tiempo de que vuestra merced trate de olvidar y busque consuelo y compañía en otra mujer, para alegría y regocijo de su vejez.

CABRALOCA - (*Trascendental*) No, hija, no, **que bien ama quien nunca olvida. (Un cambio radical)** Además, **casamiento y señorío, ni quiere fuerza ni quiere brío.**

LUCINDA - ¡No salgo de mi asombro, y no os logro entender, con todos los mozos casaderos que hay en la provincia pretendáis desposarme con ese provinciano!

CABRALOCA - ¡Es honesto, honrado y de conducta intachable y eso, en un hombre, es lo que importa! (*Con una sonrisita*) No debemos andarnos con mojigaterías ni remilgos. **Que marido rico y necio, no tiene precio.**

LUCINDA - Y vos no debe olvidar, **¡que el mal de tonto, no tiene cura!** (*Subiendo el tono*) ¡Y ni posee título, ni clase, ni porte, y es necio por demás! ¡Vuestra merced, no debe olvidar, que con un **buen porte y buenos modales se abren puertas principales!** ¡Pero mucho me temo que con el porte que luce ese simple lo único que pueden darle es con la puerta en las narices!

CABRALOCA - ¡Lucinda, haced el favor de no perder los modales!

LUCINDA - Perdonad. Solo quiero que no olvidéis que he de ser yo quien tenga que soportar las simplezas y los achaques de ese malsano mentecato.

CABRALOCA - Habladurías de la gente, que no sabe qué inventar.

LUCINDA - Pero padre... si no hay más que verlo.

CABRALOCA - No es bueno fiarse ni de habladurías ni de las apariencias, porque la mayor parte de **las veces, el hombre robusto es el que da el susto.**

LUCINDA - Lo que en verdad me asusta es la forma de mirar que tiene ese necio.

CABRALOCA - Hija, eso no debiera preocuparos, recordad que es algo corto de vista.

LUCINDA - ¿También...?

CABRALOCA - Sí, para su desgracia, también. Debo admitir que la fortuna no quiso ser muy generosa con ese pobre muchacho, y no le dotó de gracia alguna. Pero en cambio, supo recompensarle con un progenitor avispado, que con gran dedicación y esfuerzo ha logrado amasar una buena fortuna.

LUCINDA - Todos comentan que ese rústico posee una de las mayores haciendas de la provincia.

CABRALOCA - (*Con risita de complicidad*) Y esos comentarios son ciertos, que tengo dada buena cuenta de ello.

(*Se escucha música y bullicio. Abelarda entra corriendo por la entrada principal*)

ABELARDA - ¡Señorita, señorita Lucinda!

CABRALOCA - ¿Qué ocurre? ¿Qué es esa algarabía?

ABELARDA - (*Cortándose de golpe con disimulo*) No lo sé señor, yo venía a recoger a mi señora, para llegarnos a casa de la costurera, para hacerle la prueba del vestido que le encargó para las fiestas.

CABRALOCA - Pues no lo demoréis más y decidle que yo pasaré un día de estos a saldar la deuda. Yo he de acercarme a recoger un encargo que hice hace unos días.

LUCINDA - (*Haciéndole una caricia*) ¿Es algo para mí?

CABRALOCA - Sí, aduladora, guardad alguna de vuestras lisonjas para el tal Palomo.

LUCINDA - ¡Padre!

CABRALOCA- ¿Qué...? Ya sé... ya sé... que para la mujer honesta el hacer algo es una fiesta. De paso a ver si logro enterarme a que se debe tanto bullicio. Y vos, (*A Abelarda*) guardad bien a Lucinda de cualquier pícaro que se acerque a ella, ¿entendido?

ABELARDA- El señor puede ir tranquilo, que conmigo la señorita Lucinda está más segura que con toda una orden de religiosas.

CABRALOCA- Eso espero. No estéis mucho en la plaza ni os riales de quien pasa.

LUCINDA- Sí, padre... Y marchad, no retardéis más vuestra visita. (*Le hace una caricia*) Y no os olvidéis de traerme algo bonito...

CABRALOCA- No...

(*El conde Cabraloca se retira por la puerta principal*)

ABELARDA - (*Riendo*) Menuda tarea me ha encomendado vuestro padre, ¡qué mala guardería es la de doncellas sino se guardan ellas!

LUCINDA- Callad, insensata, que os puede oír. Contadme, ¿qué es lo que sucede?

ABELARDA- (*Muy contenta*) ¡Ay, señora, que ya han llegado los cómicos de la legua!

LUCINDA - ¿Los cómicos, estás segura?

ABELARDA - Sí, señora, acabo de hablar con uno de ellos.

LUCINDA- Decidme, ¿cómo son? Ya sabéis que en casa la palabra cómico y el título de Chinarro están totalmente vedados, parece talmente como si hablase del mismísimo diablo.

ABELARDA- (*Con doble intención*) Lo sé, señora, lo sé muy bien... Es que... **es como nombrar la soga en la casa del ahorcado...**

LUCINDA- No sabéis como se ha puesto el Conde cuando le he explicado lo del hijo del Marqués. Ha empezado a soltar improperios como loco, como si el solo apellido, le produjese urticaria.

ABELARDA - Algo he podido oír. (*Con doble intención*) Señora, **llagas hay que no se curan y toda la vida duran...**

LUCINDA - ¿Qué queréis decir?

ABELARDA - (*Disimulando*) Nada, señorita Lucinda, nada, cosas mías. También he escuchado algo del tal Palomo. Por eso, habremos de ser muy cautas y avisadas cuando vuestro padre nos pregunte.

LUCINDA- (*Contrariada*) Ni por un momento logro imaginarme agarrada del brazo de ese necio.

ABELARDA - (*Sonriendo*) ¡Ay, señora, que terminaréis por ser como **los novios de Hornachuelo, que él lloraba por no llevarla y ella por no ir con él!**

LUCINDA - Por favor, Abelarda, os pido que no os lo toméis a burla, que el asunto me ha dejado sin habla.

ABELARDA - (*Riendo*) Y no hay para menos, señora, que la facha que tiene ese pollo es para desmoralizar a cualquiera.

LUCINDA - (*Abrazándola de forma muy teatral*) Al menos os tengo a vos que comprendéis mi desdicha. (*Cambio*) Y habladme de esos cómicos, que me tenéis impaciente.

ABELARDA - Veréis, son la compañía de la Garnacha, que beben buen vino y traen mala facha.

LUCINDA - ¿Tan mala facha llevan?

ABELARDA - De los cómicos, ya se sabe, (*Riendo a carcajadas*) pero tienen una alegría contagiosa y es de comprender, ¡**Qué en casa del tamborilero todos son danzantes!**!

LUCINDA - ¿Qué queréis decir?

ABELARDA - Que, aunque vayan mal vestidos y desaliñados, por correr los caminos, andando de pueblo en pueblo y pasando hambre y frío, pues, aun así, señora, con todo eso, son alegres como unas castañuelas.

LUCINDA - ¿Tan alegres son?

ABELARDA - Más que eso, ya me entendéis... Se quedarán tres o cuatro días por aquí, representando varias comedias.

LUCINDA - (*Muy sutilmente*) ¿Viene alguno con buena planta? Ya sabéis lo que se dice de ellos, que son pícaros y descarados.

ABELARDA - ¡Ay, señorita! ¡Traen un pedazo mancebo que las mozas rodeaban como gallo en gallinero!

LUCINDA - (*Muy intrigada*) Lograreis sonrojarme. ¿Tan apuesto es?

ABELARDA - Señora, os aseguro que, si no fuera porque una es decente, con un pícaro como ese, no me importaría perderme.

LUCINDA - (*Reprendiéndola*) ¡Abelarda! La **ocasión se debe siempre apartar y quitar** para no caer en ella. (*Como la que no quiere la cosa*) ¿Luego, es muy hermoso?

ABELARDA - Sí, señora, hermosísimo. (*Riendo*) Nada que ver con el simple y escuálido de vuestro aspirante a esposo, ese tal Palomo. Y señora, (*Con intención*) no nos engañemos, que la vista es caprichosa y lo **hermoso a todos da gozo...**

LUCINDA - Callad, insensata, que vuestra lengua os delata, Y decidme, ¿viene alguna mujer con ellos?

ABELARDA - Una.

LUCINDA - ¿Tan sólo una?

ABELARDA - Sí, la compañía de Garnacha siempre lleva cinco o seis hombres y una mujer que hace de dama primera y un muchacho de dama segunda. Y si os soy sincera, a mí, lo que de verdad me importa es ver esas comedias (*Sonriendo pícaramente*) y por qué negarlo, de paso a esos cómicos tan bien plantados...

LUCINDA - Pero os habéis vuelto loca... ¿Qué tratáis de insinuar?

ABELARDA - ¡Ya me entendéis, señora...! Que **más vale un por si** **acaso que un quién** pensaba.

LUCINDA - ¡Por Dios, Abelarda, qué barbaridades estáis diciendo! Si os escuchase el Conde hablar de los cómicos con ese descaro no dudaría ni un solo instante en poneos de patitas en la calle.

ABELARDA - Mire, señorita Lucinda, yo comprendo que a vuestro padre la palabra cómico le produzca quemazón. Que su razón tiene... Pero una servidora ya está madurita y el serviros a vos no me deja muchas ocasiones para que algún soltero me ronde. Y señora, **soltera de más de treinta, tres veces al día el diablo la tienta**, y yo, ya ando rozándolos. (*Con doble intención*) Lo que en verdad quiero, es **coger las flores del buen tiempo que pronto me llega el invierno...**

LUCINDA - ¡¡Abelarda!! **¿Aún no ensillamos y ya cabalgamos...?**

ABELARDA - (*Muy pícara*) Eso quisiera yo, ¡cabalgar, señora, cabalgar! **Que, esperando marido caballero, lléganme las tetas al braguero.**

LUCINDA - (*Abanicándose energicamente*) No sigáis hablando de ese modo o lograreis sonrojarme.

ABELARDA - (*Pícara*) No seáis tan cándida, que, de seguir así, acabareis como la vieja del cuento.

LUCINDA - (*Intrigada*) ¿La vieja del cuento? ¿Qué le sucedió a esa pobre vieja?

ABELARDA - (*Riendo*) ¡Qué púsose a santiguarse y se sacó un ojo!

LUCINDA - ¡Abelarda, que tampoco es eso! Abelarda, ni una cosa ni otra.

ABELARDA - Ya... ya... Pues en mi pueblo siempre se ha dicho **que el mejor marido es el que más ha corrido...** (*Con intención*) Señorita, **que a veces está la carne en el plato por falta de gato...**

LUCINDA - En tu pueblo son muy descarados. No voy a negaros que no tenga curiosidad por ver como son, ya sabéis que mi padre nunca me permitió acercarme a ellos. Y acaba siempre repitiéndome el mismo sermón. (*Imitando al Conde*) Lucinda, guardaos, sed prudente y tened los ojos bien abiertos ¡que por la facha y el traje se conoce al personaje!

ABELARDA - Pero señora... si ni siquiera os ha dejado que le veáis el traje... Que yo no le juzgo, que sus motivos tiene. Pero a mí me parece que todo está bien en su justa medida. Ni **tanto que quemé al santo ni tan poco que no lo alumbré**.

LUCINDA - Por el entusiasmo que ponéis en vuestra descripción, habéis logrado que me pique la curiosidad por ver de cerca como son esos pícaros.

ABELARDA - Pues si os pica... ya sabéis... ¡tendréis que rascar!

LUCINDA - ¡Abelarda, qué descaro!

ABELARDA - (*Riendo*) Quise decir, la curiosidad...

LUCINDA - Ah, ya...

ABELARDA - Si queréis verlos, esta tarde darán una representación en el Corral de Comedias, sobre burlas y amoríos. Ya sabéis, esas que tratan de cuernos y maridos engañados.

LUCINDA - ¿No es un poco atrevida esa comedia?

ABELARDA - (*Con intención*) Os aseguro que es un tema que hasta en las mejores familias es bien conocido... **Que cabras y cabritos, a todos traen fritos.**

LUCINDA - (*Pensando en voz alta*) Podríamos acercarnos sin que mi padre se enterase, para ello tendré que ingeniar algún pretexto.

ABELARDA - Señora, aprendéis pronto... ¿Por qué no decís al Conde que habéis quedado con alguna amiga?

LUCINDA - (*Con entusiasmo*) ¡Abelarda, creo que tengo la solución! Le diré que he de verme con el lacio de Palomo Rapíñez, para hablar y tomar un poco el fresco. Que, por otra parte, con ese lacio es lo único que me gustaría tomar, y que vos, nos acompañáis. Esa noticia le llenará de alegría.

ABELARDA - ¡Eso es idear una buena excusa!

LUCINDA - Pues vayamos prestas a la modista, que ese traje a su dueña espera.

(Las dos se retiran por la puerta principal y OSCURO)

JORNADA SEGUNDA

(Cruzándose en la plaza la baronesa con el Conde. Este último va muy pensativo)

BARONESA - *(Llamándolo)* ¿Señor Conde...? Qué caro os hacéis de ver.

CABRALOCA - *(Sorprendido)* Vaya, Baronesa. Por favor, os ruego que perdonéis mi distracción.

BARONESA - *(Coqueta)* Perdonado.

CABRALOCA - Estaba abstraído en mis pensamientos. *(Reverencia y besamanos)* Baronesa...

BARONESA - Sí, ya he podido apreciar lo ensimismado que ibais, que de no llamaros habrías pasado de largo sin tan siquiera verme.

CABRALOCA - *(Teatrero)* Baronesa... Pues, aunque parezca cosa del azar o de brujería, iba justamente pensando en vos.

BARONESA - Si es cosa de brujería o del azar, eso nunca lo sabremos. Lo que sí que es bien sabido que no hay, ni **pueblo sin brujas, ni hervor sin burbujas, ni cesta de brevas sin papandujas**.

CABRALOCA - Sí, en este pueblo de papandujas, o insignificancias, como prefiráis llamarlas, hay muchas, pero...

BARONESA - *(Cortándole)* Insignificancias e insignificantes. Sin ir más lejos como el insignificante de nuestro engreído alcalde. *(Muy intrigada)* ¿Y decís que pensabais en mí...?

CABRALOCA - Sí. Y ha sido una verdadera suerte que nos encontrásemos aquí.

BARONESA - *(Coqueteando)* Conde... me estáis intrigando con tanto misterio.

CABRALOCA - *(Riendo)* No, baronesa, no, en esto no hay misterio alguno.

BARONESA - Vaya... no sé qué deciros... Pues vos diréis.

CABRALOCA - Veréis, Baronesa, me dirigía justamente a vuestra casa y esperaba tener la fortuna de encontraros allí.

BARONESA - Pues justamente dando un pequeño rodeo hacia allí me dirigía, *(Muy risueña)* Y estaré encantada de que me acompañéis, así podré ofreceros un refresco de limón, del cual mis amistades comentan "que quita el sentido".

CABRALOCA - *(Con una sonrisita y tratando de ir al grano)* Baronesa, vuestra oferta es verdaderamente tentadora, y creedme, debo de acudir de inmediato al quehacer de unos asuntos mucho menos atrayentes. *(Al público)* **Si la píldora bien supiera, no la doraran por fuera.**

BARONESA - Es una verdadera lástima. Tenía muchísima ilusión porque fueseis la primera persona a la que le mostrase mi última colección de gatos.

CABRALOCA - Sí, sí que es una lástima. ¿Y habéis dicho de gatos?

BARONESA - Sí, gatos. Han sido traídos de los más recónditos confines de la tierra. Dicen que para los faraones egipcios los gatos tenían suma importancia.

CABRALOCA - Sí, algo he oído, y me encantaría saber más sobre ellos.

BARONESA - Ah, pues con sumo gusto yo misma os puedo poner al corriente. Y bueno, vos diréis que es eso que queríais contarme.

CABRALOCA - Veréis, Baronesa. Poseo, como bien sabéis, varias hectáreas de ricas tierras de labranza, pero hay unas en concreto muy fértiles de las cuales los campesinos que están a mi servicio no puede atender.

BARONESA - (*Le corta*) En esta ocasión viene muy bien el famoso dicho.

CABRALOCA - ¿El dicho? ¿Qué dicho?

BARONESA - (*Con una sonrisita casi de estupidez*) Ese que dice, **hacienda, que tu amo te atienda, y si no que te venda**. Es una pena, porque si como decís son tan fértiles...

CABRALOCA - Mucho, muchísimo. Precisamente por ese motivo no deseo que cualquier miserable se aproveche y saque un buen beneficio de ellas.

BARONESA - (*Reprendiéndole*) Vaya, Conde... **A buena fe y sin mal engaño, para mí quiero el provecho y para ti el daño.**

CABRALOCA - (*Justificándose rápidamente*) No, no, Baronesa. Por favor, no penséis eso de mí, Baronesa. No me habéis entendido.

BARONESA - Pues, vos diréis ¿qué es lo que pensáis hacer?

CABRALOCA - Veréis, después de varias noches sin dormir dando vueltas al asunto, mi preciosa hija encontró la solución a mis desvelos, indicándome que por qué no os las ofrecía a vos, y añadiendo que quién mejor que vos para beneficiarse de esas tierras.

BARONESA - (*Saliendo del paso*) Agradezco en el alma que vuestra hija pensase en mí, pero en este momento, tengo hecha la firme promesa de entregarles un generoso donativo, a las monjitas de la orden de las Carmelitas Descalzas.

CABRALOCA - (*Algo cortado*) Ya. (*Con una sonrisita*) Recordad baronesa, que **cuando la limosna es muy grande hasta el santo desconfía**.

BARONESA - (*Riendo*) Conde... No seáis mal pensado, **que hay palabras torcidas que a una parte miran y a otra tiran**.

CABRALOCA - Por favor, Baronesa, no me juzguéis tan duramente, que no había mala intención en mi comentario. Muy al contrario, únicamente trataba de elogiar vuestra gran generosidad para con esas pobres monjitas.

BARONESA - Bien. No esperaba menos de vos, Conde, no esperaba menos.

CABRALOCA - ¿Y se puede saber por qué concretamente a esa orden?

BARONESA - La razón es simple, es para que esas pobres hermanitas puedan calzarse. Ya que el alcalde nos tiene las calles llenas de socavones e inmundicias.

CABRALOCA - Sí, es muy cierto que las calles están llenas de zanjas y desperdicios. (*Sutilmente*) Pero, de todos modos, Baronesa, esas monjitas, quizás tengan el deseo, el antojo o la promesa de andar descalzas...

BARONESA - Esas pobrecitas qué van a decir. Conde... **Todo el que anda descalzo sueña con estrenar zapatos.**

CABRALOCA - (*Dejándola por imposible*) Si vos lo decís...

BARONESA - Y así es, Conde. Y como nuestro alcalde, entiende de leyes lo mismo que el **maestro Ciruela, que no sabía leer y puso escuela**, pues así andamos...

CABRALOCA - (*Nervioso, tratando de ir al grano*) Sí, he de reconocer que tenéis mucha razón.

BARONESA - Conde, os veo algo inquieto. ¿Os ocurre algo?

CABRALOCA - No, no, Baronesa. Mi inquietud únicamente obedece, al temor de llegar tarde al compromiso que os he referido antes. ¿Lo recordáis?

BARONESA - Sí, sí, perdonad. Es que el hablar de ese hombre me subleva de tal manera... Si estuviera al corriente de la burla que le tengo preparada, (*Riendo como una niña traviesa*) ¡se caería de espaldas!

CABRALOCA - (*Con una sonrisita de complicidad*) Me asustáis, Baronesa. (*Cambio*) *Entonces*, Baronesa, ¿no deseáis meditar lo referente a mis tierras?

BARONESA - (*Dudando*) No sé... no sé, Conde, creo que tengo un posible comprador para esas tierras. Y siendo quien es, estoy segura que os las pagará a muy buen precio.

CABRALOCA - (*Tratando de quitarle la idea*) No sabéis cuánto os lo agradezco, pero no, por favor, no quiero que os molestéis con este asunto. Además, yo ...

BARONESA - (*Sin dejarle terminar*) Vamos, Conde, que hace mucho que nos conocemos, para tengáis algo más de confianza. Que el poder ayudaros lo hago con sumo gusto.

CABRALOCA - Agradezco las molestias y el interés que os tomáis con este asunto. Y por mi parte no sería muy juicioso el contradeciros.

BARONESA - (*Muy sonriente*) Desde luego que no. De todos modos, lo meditaré y mañana mismo os daré una respuesta. Será una magnífica ocasión para conversar de estas y otras muchas cosas, mientras disfrutamos de una apetitosa cena.

CABRALOCA - ¿Cenar?

BARONESA - (*Riendo*) Sí, Conde, cenar. Y no aceptaré un "no" por respuesta.

CABRALOCA - (*Con una sonrisita de resignación*) Siendo así... (*Al Público*) **No quieres caldo, toma tres tazas, y la última rebosando.** (*Besamanos*) Baronesa...

BARONESA - Conde... Hasta mañana... (*Le despide de lejos*) Con Dios...

(*Se retiran cada uno por un lateral de la plaza*)

(*Entra Visitación en su casa con mucho brío por la puerta principal*)

VISITACION - ¡Cristinica, Cristinica! ¿Han llegado ya del viaje el señor y mi hijo?

CRISTINICA - No, señora.

VISITACION - Pues espero que lleguen hoy, que ya va para dos días que salieron. ¡Dónde andáis metida, seguro que sisando del puchero!

CRISTINICA - (*Sale corriendo*) No, señora, Dios me libre. Estaba azuzando al gato de la vecina que se coló al olor del puchero. Y ya sabe la señora, que **carne que se lleva el gato nunca más vuelve al plato.**

VISITACION - Y dime, ¿ya fregaste los suelos, cambiaste las camas e hiciste la colada?

CRISTINICA - Señora, no se enoje conmigo, que no pude hacerlo todo.

VISITACION - ¡¿Así andamos, holgazana?! ¡**Tumbada está la pereza, y ni a palos se endereza!**

CRISTINICA - Señora, no ha sido la pereza que ha sido la curiosidad.

VISITACION - ¿La curiosidad?

CRISTINICA - Es que... vera, oí música de charanga y me asomé a la ventana para verla pasar.

VISITACION - ¡Muy bonito! ¡Tú en la ventana y la casa por hacer!

CRISTINICA - Pero no se disguste, mi ama, que no estuve todo el tiempo en ella, que entraba de tanto en tanto para estar a la cuenta del puchero y cuando me pareció que olía a quemao, apártelo rápidamente de la lumbre.

VISITACION - ¡Ay, qué castigo, no lograré hacer carrera de ti! ¡Descarada, mi casa desatendida y mi comida achicharrá y mientras tú facilitando a las vecinas a que hablen mal de mí!

CRISTINICA - (*Sin entender nada*) ¿De usted, señora?

VISITACION - ¡Sí, de mí, de mí, por no haberte deslomao a palos para que aprendieras a comportarte como una señorita! Desgraciada, no sabes que **moza que se asoma a la ventana a cada rato es que quiere vender barato.**

CRISTINICA - (*Con cara de boba*) Yo no sabía nada de eso. Pero le juro a la señora, que solo sacaba un poco la cabeza para que no se me viese mucho, y el resto del cuerpo lo tenía dentro.

VISITACION - ¡Muy bonito, eso qué más da! ¡**Se arropaba Maricuela y dejaba el culo fuera!**

CRISTINICA - Señora, que no era el culo que era la cara la que enseñaba.

VISITACION - ¡Y eso qué más da, para el caso es lo mismo!

CRISTINICA - Si la señora lo dice... Es que como la plaza estaba tan animada...

VISITACION - Y como la plaza estaba tan animada tú descuidas tus obligaciones, y me pones a mí en boca de todas las malas lenguas del pueblo ¿no...?

CRISTINICA - No, señora, no he descuidado las obligaciones, que me tengo bien aprendido eso que me repite todos los días. (*Imitándola*) Cristinica, lo **primero es la obligación y después la devoción**.

VISITACION - Y ya veo el caso que hacéis. (*Con mucho interés*) ¿Y qué se contaba en la plaza?

CRISTINICA - (*Como chismorreo*) Contaban muchas cosas, todas no las pude oír, pero la que oí muy bien, fue que han llegado los cómicos de la legua y la de un músico que ha venido para la fiesta del Santo Patrón.

VISITACION - ¿Un músico?

CRISTINICA - Sí, un músico con un violín. Y por lo visto ese del violín ha extraviado a varios. (*Habla equivocadamente de un Stradivarius*)

VISITACION - ¡Válgame Dios! ¿A varios músicos de la banda?

CRISTINICA - Eso creo, señora. Y por lo visto, ese músico es de mucho valor.

VISITACION - Querréis decir muy talentoso...

CRISTINICA - Eso puede que también. Por lo visto, lo peor de todo eso, según decían, aunque yo no quería, pero como se pusieron a la puerta...

VISITACION - (*Impaciente*) ¡Bueno, sigue! ¿Qué decían?

CRISTINICA - Que han pagado una gran fortuna por ese del violín. Ese que ha extraviando a por ahí a varios.

VISITACION - ¡Válgame Dios! Ya tiene razón Custodio, cuando se queja de que este alcalde es un aprovechao, que despilfarra el dinero de la alcaldía **a manos llenas. Y el pueblo que está mal guiado pronto arruinado.**

CRISTINICA - Lo mismito pienso yo.

VISITACION - Mira que pagar a un músico que no es responsable de su banda y antes de que empiecen los festejos y les dé por emborracharse, antes de todo eso, ya se le han extraviado varios. Ya está bien dicho aquello de **música pagada tiene mal son**.

CRISTINICA - También vi pasar muy rápidamente a la señorita Lucinda.

VISITACION - (*Muy intrigada*) ¿La señorita Lucinda? ¿Y con quién iba, con su sirvienta?

CRISTINICA - No, iba hablando y riendo con un buen mozo.

VISITACION - (*Le da un coscorrón*) ¡So burra, querrás decir un caballero! Era el Conde, ¿verdad?

CRISTINICA - (*Apartándose por si acaso*) No, señora, no era el Conde, era un buen mozo, que lo he visto yo bien visto.

VISITACIÓN - (*Rabiosa*) No puede ser otro que el agonías del hijo del marques de Chinarro.

CRISTINICA - (*Sin entender nada*) Si vuestra merced lo dice... Aunque para ser todo un marqués... llevaba unas pintas...

VISITACION - (*Dándole un empujón*) ¡Qué sabréis vos de ropajes! Sácame el sombrero de las fiestas ¡Vamos, rápido, holgazana, floja!

CRISTINICA - Sí, señora... (*Entra corriendo por la puerta del interior y sale con un sombrero muy estafalario*) Aquí lo tenéis.

VISITACION - (*Se lo coloca*) Salgo sin perder más tiempo a casa de Lucinda.

(*Visitación se retira a toda prisa por la puerta principal*)

CRISTINICA - (*Al público*) ¡Ay, señores! **No hay suerte más dura que servir a un necio puesto en altura.**

(*Llega Abelarda por la plaza y al ir a entrar en casa ve salir a Feliciano*)

FELICIANO - (*Hablando con Lucinda, que está medio escondida, al despedirse de él saca un pañuelo y Feliciano, al oír a Abelarda, tira rápidamente de él*) No lo olvidéis, os espero mañana al anochecer, en la plaza, en el mismo lugar de ayer.

LUCINDA - Descuidad, que allí estaré. ¡Marchaos, por Dios! (*Se retira rápidamente*)

ABELARDA - ¡Señorita Lucinda, ya estoy de vuelta del recado! ¿Dónde os halláis metida?

FELICIANO - (*Disimula y se esconde el pañuelo en el bolsillo*) (*Haciéndole una reverencia*) Abelarda...

ABELARDA - (*Muy sorprendida*) Eh... Menuda sorpresa... ¿Qué hacéis vos por aquí, en lugar de estar ensayando con la compañía vuestro papel?

FELICIANO - (*Muy zalamero, tratando de salir del paso*) Creedme, eso justamente es lo que pretendía. Pero mi pensamiento se revelaba y mi voluntad no obedecía. Tan sólo se le antojaba ensayar tratando de darle verdadero realismo a las escenas.

ABELARDA - ¿Realismo, decís? Realismo tendréis si os pilla el Conde rondando por su casa. Serán tan reales los golpes que os propine, que no precisareis de pintura alguna para fingir los moretones.

FELICIANO - ¿Y puedo saber, por qué?

ABELARDA - Porque en esta casa el ser cómico y pretender a Lucinda es como meter la cabeza en un avispero. (*Entre dientes*) Claro, que sus razones tiene...

FELICIANO - (*Tratando de darle una palmadita en el trasero*) Vaya, vaya... cómo se las gasta el Conde... Menudo salvaje.

ABELARDA - ¡Ah, no, eso no! Que es un hombre con muchos conocimientos y dedicado únicamente a la educación de su hija. Por eso no permite que se acerque a ella cualquier "don nadie". Porque él dice siempre que **hasta en los mocos hay linaje, unos son sorbidos y otros guardados entre encajes**.

FELICIANO - (*Con doble intención*) Que fino es el señor Conde... Pues "el Conde ese" puede dormir bien tranquilo, a pierna suelta, si le apetece, que un servidor no está aquí por la tal Lucinda. Para vuestra información, a quien yo andaba buscando era a vos.

ABELARDA - (*Disimulando*) ¿A mí...?

FELICIANO - Sí, a vos, a vos.

ABELARDA - (*Muy coqueta*) ¿Y puedo saber para qué...?

FELICIANO - (*Agarrándola por la cintura y tratando de besarla*) Para qué va a ser. No disimuléis que de sobras lo sabéis vos. Para ensayar con verdadero realismo las apasionadas escenas de amor.

ABELARDA - (*Coqueta*) Qué barbaridades estáis diciendo... ¡Quieta esa boquita! **Que por el beso se empieza el queso, y al fin, ¡ahí queda eso!**

FELICIANO - (*Sigue agarrado a la cintura de ella*) **Chico exceso es dar a una moza un beso, si solo queda en eso.**

ABELARDA - (*Muy coqueta*) Lo malo es que la mayoría de las veces no suele quedar sólo en eso... ¡Soltadme, por Dios, que si nos ve el Conde podría liarse a golpes con vos...!

FELICIANO - ¡Pero qué antojo tiene ese hombre con arreglarlo todo a golpes! No conozco a ese dichoso Conde y ya lo tengo aborrecido.

ABELARDA - Y en este preciso momento, mejor que así sea.

FELICIANO - Olvidaros por una vez de él y estar por mí. Que puede suceder que ese aristócrata guarde un excesivo recato para con su hija y haga todo lo contrario para con él. No como un servidor, que es casi un santo.

ABELARDA - (*Riendo y coqueteando, juguetea hasta soltarse de él aprovechando para quitarle el pañuelo del bolsillo sin que se dé cuenta*) ¡Os faltó el casi! Y sabed que a **los santos y a los tontos los tienta el diablo más pronto**.

FELICIANO - A un servidor, la única que le tienta sois vos. Desde que os vi no he podido conciliar el sueño.

ABELARDA - Eso se lo diréis a todas...

FELICIANO - ¡Huy... huy...! ¿No estaréis celosa? Porque ya sabéis lo que se dice, **que pican más los celos que las pulgas.**

ABELARDA - Celosa, ¿yo...? ¿Y por qué habría de estarlo?

FELICIANO - (*Tonteando*) Porque soy apuesto, cariñoso y os hago reír.

ABELARDA - (*Riendo*) Vamos, todo un partido. Muchas pretensiones son esas para un solo hombre. Pero yo tengo bien aprendido el buen consejo que mi santa madre siempre me dio.

FELICIANO - ¿Y puedo saber cuál es?

ABELARDA - **Que no me fiase de los hombres, aunque les viera llorar, porque son como los pepinos que amargan a témporas.**

FELICIANO - Vuestra madre dando consejos no tiene precio. Aunque en esta ocasión con un servidor se equivoca.

ABELARDA - Ya. **Hay quien pregon a vino y vende vinagre.**

FELICIANO - ¿Vinagre, yo? Si soy dulce como la miel...

ABELARDA - Pues tened mucho cuidado, que con tanto dulzor se os pueden pegar las moscas...

FELICIANO - Descuidad, que tengo buenas manos para espantarlas.

ABELARDA - Dejaos de tantas pamplinas. Lo que debéis hacer ahora es marcharos, que yo haré por veros, como hice ayer, al acabar la comedia.

FELICIANO - (*Rápido*) No, no, es mejor que sea yo quien venga a vuestro encuentro. Es por si me demoro conversando con la compañía.

ABELARDA - (*Coqueta*) Largo el día se me hará, pues... impaciente os espero,

FELICIANO - No seáis tan impaciente, que, **si más largo es el día, más larga la romería.** Tiraré unas piedrecitas a la ventana para que sepáis que ya estoy aquí.

ABELARDA - No, mejor será que silbéis, no sea que el Conde se dé cuenta y tengáis una disputa con él. Podría liarse a mamporros con vos.

FELICIANO - Ya se guardará ese necio. (*Ríe y hace una reverencia*) Hasta luego, hermosa dama.

ABELARDA - Hasta luego, adulador... (*Feliciano se retira y Abelarda se queda muy pensativa en la puerta mirando el pañuelo*) Todo esto es muy sospechoso...

(*Al ir a entrar en casa le impide el paso Visitación*)

VISITACIÓN - Dile a tu ama que vengo a hablar con ella.

ABELARDA - ¿Quiere decir con la señorita Lucinda?

VISITACIÓN- Pues claro, chica, con quién va a ser.

ABELARDA- Veré si puede recibirla en este momento.

VISITACIÓN - (*Dándole un empujón*) Aparta de la puerta, que, si en servir a tu ama os dais tanta prisa, en hacer vuestras labores tarde llegareis siempre.

ABELARDA- Quien a correr se propone, a tropezar se dispone. Que para decir que el toro viene no es menester tantos arrempujones.

(*Al oír el alboroto sale Lucinda del interior, colocándose bien el peinado*)

LUCINDA- (*Saliendo*) Abelarda, ¿qué sucede? ¿A qué viene tanto alboroto? (*Muy sorprendida al ver a Visitación*) Buenas. Qué sorpresa.

VISITACIÓN- (*Haciendo una reverencia*) Buenas tardes, nos dé Dios.

LUCINDA- ¿A qué debo vuestra visita?

VISITACIÓN- (*Haciendo una reverencia*) Distinguidísima Lucinda, vengo a invitaros al festejo que celebraré pasado mañana, Dios mediante.

LUCINDA- ¿Un festejo? ¿Y con qué motivo celebráis tal acontecimiento?

VISITACIÓN- (*Pensando lo que va a decir*) ¿El motivo? El motivo es para celebrar el inicio de las fiestas de nuestro Santo Patrón, que como cada año ya están aquí. (*Con una sonrisita mirando a Lucinda*) Tengo que pedirle que me eche una manita en un asuntillo de mucha importancia.

ABELARDA- (*Con intención*) Pues nada, que por pedir que no quede. Que más junta uno que pide que cien que dan.

LUCINDA- Hacéis bien. Que no sea por falta de peticiones por lo que pongáis en peligro el arreglo de ese asuntillo. (*Tratando de cambiar de conversación*) Permitidme deciros que lleváis una vestimenta llamativamente vistosa. Y un sombrero realmente atrevido, con una pluma que me atrevería a decir es casi temeraria.

VISITACION- (*Acariciando la pluma*) Podéis atreveros ¿A qué es preciosa? Es de avestruz.

ABELARDA- ¡Por lo menos!

VISITACIÓN- Es un regalo de mi Custodio. Es un hombre muy obsequioso, igual que mi hijo, ahora mismo sé que está urdiendo alguna cosa para obsequiaros a vos.

LUCINDA - ¿A mí...?

VISITACIÓN- Sí, a vos a vos, pero no me tiréis de la lengua que no puedo adelantaros nada. Y es que los dos tienen un gusto...

LUCINDA- Sí, es difícil no apreciarlo. Un gusto verdaderamente deslumbrante, sin duda.

ABELARDA- (*Aguantando la risa*) Eso sí que es toda una sorpresa. Aunque, señora Rapíñez, tendréis que tener mucho cuidado con esa pluma, porque podría acercarse algún curioso a meter sus narices para verla bien de cerca y acabar sacándose un ojo.

LUCINDA- Abelarda tiene razón, que **más vale prevenir que curar**.

VISITACIÓN- Procuraré tenerlo en cuenta que **ojos que demasiado quieren ver, ladrillazo que le den**.

ABELARDA- (*Con intención aguantando la risa*) Así se habla. Si es seguro que sois la envidia de todas vuestras vecinas.

VISITACIÓN- Desde luego, ni dudarlo tiene, que sus miradas lo dicen todo.

ABELARDA- Pues ya sabéis lo que se dice del envidioso.

VISITACIÓN- Se dicen tantas cosas... Pero una tía abuela mía, decía, **sé humilde con todos, pero ante el envidioso luce y ostenta a ver si revienta**.

ABELARDA- (*Con intención*) Así, sin compasión. **Si es que el envidiado se da el atracón y el envidioso sufre la indigestión**.

LUCINDA- (*Fingiendo reprenderla*) Abelarda, guardaos esos comentarios para vos. Qué va a pensar la señora de Rapíñez de vuestro comportamiento... Hay que ser un poco compasivos con esos pobres.

VISITACIÓN- Si vos lo decís (*Impaciente*) Bueno, estimada Lucinda, cuento con vos.

LUCINDA- Lamento muchísimo tener que daros una negativa, pero tengo que...

VISITACIÓN- (*Sin dejarla terminar*) ¡No, no, no me digáis eso que me dais un disgusto! (*Agarrándola de las manos y casi suplicando*) Distinguidísima Lucinda, no podéis dejar de venir, vos no sabéis lo importante que es para mí.

LUCINDA- Por favor, no os pongáis así. Os aseguro que de no ser por el compromiso que tengo adquirido con anterioridad no dudaría ni por un instante en asistir a él. De no hacerlo...

ABELARDA- (*Con doble intención para fastidiarla*) De no hacerlo qué dirían de vos... Aunque, pensándolo bien, señorita Lucinda, ya que la señora de Rapíñez se ha tomado la molestia de pasar personalmente a invitaros, creo que de justicia es que paséis por ese festejo al menos un instante, justo antes de asistir al otro compromiso.

LUCINDA- No sé qué decir.

VISITACIÓN- ¡¡Decid que sí! ¡Sí, sí, sí! Vuestra sirvienta tiene razón, que ya se la ve que es la mar de despabilada, al contrario que la mía, que no gano para disgustos.

LUCINDA- (*Con doble intención*) Sí, hasta demasiado...

VISITACIÓN- Si queréis podéis traerla con vos, que habrá bollos y cacao hasta reventar.

ABELARDA- Siendo así... Mi señora, no podéis dejarla con tanto bollo y tanto cacao. Claro que, **lo que mucho abunda poco daña, en no siendo palos o sarna.**

LUCINDA- Está bien, pasaré, me habéis convencido, pero será un instante.

VISITACIÓN- ¡Gracias, gracias! Os lo agradezco muchísimo. (*Al público*) Ya me encargaré yo de que sea algo más de un instante, aunque tenga que volcarle todo el cacao encima. (*Cambio*) Quería haceos una preguntita.

LUCINDA- Vos diréis.

VISITACIÓN- Veréis, mi sirvienta que es muy curiosa me ha estado calentando la cabeza con chismes que yo no quería oír, y por no darla una bofetada la he escuchado. ¿Y sabéis qué me ha dicho?

LUCINDA- Si no me lo decís...

VISITACIÓN- El alcalde ha contratado a una banda, nada de la charanga de todos los años, no, toda una banda que ha costado un dineral y han empezado a beber y beber, y se han puesto ciegos de vino y con tanta borrachera, ha pasado lo que era de esperar. **Que cuando la cabeza anda al revés ¿cómo andarán los pies?** Se han ido unos por acá y otros por allá, total, que han acabado estraviaos varios.

LUCINDA- Qué desatino empezar a beber antes de empezar a tocar. No tenía conocimiento de nada de eso.

ABELARDA- Ni yo. Si es que **mucho beber y no tambalearse sería caso para admirarse.**

VISITACIÓN - (*Muy sutilmente a Lucinda*) Otro de sus chismorreos, es sobre vos.

LUCINDA- ¿Sobre mí? ¿De qué chismorreo estáis hablando?

VISITACIÓN- Se le ha puesto en la sesera que hoy os vio en compañía de un buen mozo y se atrevió a asegurar que su ropaje no eran precisamente los de un noble.

LUCINDA - (*Nerviosa saliendo del paso*) ¿Yo? No, no. Hoy no he salido de aquí. ¿Verdad, Abelarda?

ABELARDA - (*Mosca*) Señorita Lucinda, no recuerda que yo... (*Aparte*) Está a mí no me la pega.

LUCINDA - (*Cortando rápidamente a Abelarda*) A vuestra sirvienta le ha fallado la vista y, sin duda alguna, me ha confundido con otra persona.

(Abelarda la mira algo mosca)

VISITACIÓN - Lo mismito le he dicho yo. (*De improviso*) Bueno, os espero pasado mañana por la tarde. Y ahora salgo corriendo, porque **auséntese el amo y bailan los criados.** (*Sale a toda prisa*)

LUCINDA - Pero bueno, qué mujer tan entrometida. Hace buena gala de su nombre, Visitación. Esta mujer es **como la mala ventura que en todas partes se halla.**

ABELARDA - Sí. **Arreglando casas andaba María Gobierno y la suya era un infierno.**

LUCINDA - (*Regañándola*) Tú y yo hablaremos. Mira que enredarme para asistir a esa pantomima.

ABELARDA - No os lo toméis así. No habéis visto la cara de congoja que ha puesto y la angustia que le ha cogido cuando le habéis dicho que no podíais asistir. Si casi le da un desmayo.

LUCINDA - Por mí... Cuando venga el necio de su hijo con el regalito, le recibís vos.

ABELARDA - ¿Yo?

LUCINDA - (*Alterada*) ¡Sí, vos! Ya he tenido bastante con aguantar a su entrometida madre, que prefiero emplear mi tiempo en menesteres más provechosos.

ABELARDA - (*Algo mosqueada*) ¿A qué menesteres os referís?

LUCINDA - A cualquiera, Abelarda, a cualquiera. Por ejemplo: leer, bordar, o tocar cualquier instrumento...

ABELARDA - Está bien, como queráis. Pero si insiste en veros como esa charlatana, ¿qué queréis que le diga?

LUCINDA - ¡Decidle lo que os venga gana! Y os prohíbo que me molestéis con las simplezas de ese necio.

ABELARDA - Y si os trae el regalo, ¿qué hago con él?

LUCINDA - ¡Haced lo que os plazca! Porque viendo el gusto que gastan los padres, mucho me temo que, en este caso, **zamarra y chaquetón iguales son**. O mejor aún, seguidme a mi alcoba y os diré lo que debéis decirle.

(Las dos se retiran por la puerta interior. Empieza a oscurecer)

(Entran en la casa, Custodio y Palomo, este último va cargado de paño y con la ropa llena de polvo.)

PALOMO - Padre, vengo deslomao del camino. El viaje se me figuraba interminable.

RAPIÑEZ - A tu edad el cansancio está prohibido.

PALOMO - Tiene usted que reconocer que anteayer las mulas iban muy tranquilas, pero hoy andaban muy revueltas.

RAPIÑEZ - Sí, y no he tenido más remedio que atizarlas porque cuando han oído tronar se han puesto como *desquiciás*.

PALOMO - Y **ha sido peor el remedio que la enfermedad**, porque después de atizarlas se han puesto peor, han empezao a correr y correr y han levantao una polvareda que me han puesto la vestidura que parece talmente que me han echado un saco de harina por lo alto.

RAPIÑEZ - (*Reprendiéndolo*) Anda, sacudíos un poco antes de ir a ver a Lucinda, que si os ve de esta guisa pudiera creer que anduviste en el horno revolcándote con la panadera.

PALOMO - Padre, qué cosas dice usted. Si a mí la panadera no me hace **ni frío ni calor**.

RAPIÑEZ - Y mejor que no os haga, porque buena la habrás hecho.

PALOMO - Y luego **huyendo del polvo tropecé y fui a caer en el lodo**.

RAPIÑEZ - Hijo mío, tienes un cenizo... **Si es que el que nace desgraciado en la cama se descostilla**.

PALOMO - Padre, ¿y no podría usted darmel un respiro y dejarme que lleve esos paños mañana? No creo que a estas horas corra Lucinda con los paños a casa de la costurera.

RAPIÑEZ - ¡No hay tregua que valga, máxime cuando tu futura esposa se codea con la nobleza! (*Dándole un empujón*) Vamos, que **pescador que se duerme, se lo lleva la corriente**.

PALOMO - ¿Ha olvidado usted que ella ya pertenece a la nobleza?

RAPIÑEZ - ¡No seáis simple! Cómo lo voy a olvidar si ese condado me tiene sin vivir en mí. Ahora mismo le llevas este buen paño a Lucinda, antes de que ese Chinarro nos arroje las chinas a los ojos y nos deje ciegos.

PALOMO - Pues nos apartamos...

(*Se escucha música y risas*)

RAPIÑEZ - Nos apartamos... nos apartamos... ¿Qué es toda esa algarabía?

PALOMO - (*Se asoma a la puerta*) ¡Padre, padre, los cómicos, los cómicos, ya están aquí! (*Nervioso*) Podríamos acercarnos a verlos.

RAPIÑEZ - ¡Dejaos de majaderías y ahora ir donde se te ha mandado de una santa vez!

PALOMO - Pero padre...

RAPIÑEZ - ¡No hay peros que valgan, y abrid bien los ojos que de seguir así acabareis siendo **maestro de atar escobas**!

PALOMO - ¡Ufff! ¡Cómo pesa, este paño pesa como un muerto!

RAPIÑEZ - ¡So bobo, como que es del mejor! No te entretengas y **a las diez en la cama estés, si es antes mejor que después**. (*Retirándose*) Yo he de meter las mulas en el cobertizo. ¡Cristinica, Visitación! Dónde andarán metidas estas mujeres.

CRISTINICA - (*Sale relatando y muy repeinada*) No la dejan a una servidora ni respirar, Cristinica por aquí... Cristinica por allá... Mándeme, el señor. (*Con una sonrisita*) Buenas tardes, señorito Palomo.

PALOMO - (*Con cara de bobalicón*) Hola... Cristinica...

RAPIÑEZ - Dejaos de embobamientos y tú, (*A Cristinica*) dime, ¿dónde anda metida la señora?

CRISTINICA - Salió a toda prisa, como si la hubiera picado una avispa a casa de la señorita Lucinda.

RAPIÑEZ - (Pensativo) ¿A estas horas zascandileando por ahí? (A Cristinica) ¿Y dices que ha salido a toda prisa? Alguna esta maquinando tu madre.

PALOMO - Padre, para qué tanta prisa, si **tanta prisa no es buena que el que no cae, tropieza**.

RAPIÑEZ - ¡Calla, mentecato! Que **quien anda es quien tropieza y no el que está en la cama a pierna suelta**. Voy a guardar las mulas y el carro y salgo yo también a toda prisa, que tengo unos asuntillos que quiero tratar con el señor Conde.

PALOMO - Padre, **que quien mucho se apresura, no hace cosa segura**.

RAPIÑEZ - ¡Otra vez, majadero!

(Rapiñez se retira por la puerta principal y se queda Palomo y Cristinica)

CRISTINICA - Jesús, qué prisas. ¡Señor, que **el perro que más corre no es el que más caza!** (Tocando la tela) Qué preciosidad de tela, menudo género. Si yo tuviese un paño así...

PALOMO - Si lo tuvieses, ¿qué haríais con él?

CRISTINICA - ¿Qué me haría? Menuda preguntita tiene, señorito Palomo. Me haría un precioso vestido para las fiestas. Que mirarme señorito como voy (Se da una vuelta) **Hoy un zurcido, mañana un remiendo y así voy viviendo**.

PALOMO - Sí, ya os veo. (Cambio) Pues venga, traer una tijera y os corto un pedazo.

CRISTINICA - (Rápidamente se saca una tijera del bolsillo del delantal) ¡Aquí la tenéis!

PALOMO - (Asombrado) Qué ligereza la vuestra, Cristinica. De esto mis padres no se deben enterar, porque si se enterasen montarían en cólera contra los dos.

CRISTINICA - ¿Pensáis que soy tonta? Por la cuenta que me trae, **tendré la boca bien cerrada y la tela bien guardada**.

PALOMO - Así me gusta. Pero qué lista sois. (Coloca la tela para cortarla)

CRISTINICA - No sabéis cuánto. ¡No, no, señorito Palomo, ya la cortaré yo! Dejadme cortar a mí que yo me tengo muy bien cogidas mis medidas y vos podríais quedáros corto. (Empieza a tirar de la tela con exageración)

PALOMO - ¡No pasaros, no pasaros! Cristinica, sé prudente y cortar en la justa medida. (Nervioso) Ya sabéis, **tomar el tiento a lo que podáis, y a más no os atreváis**.

CRISTINICA - Estáis muy alterado. Creo que es mejor que lo cortemos en la mesa de la cocina, que podría presentarse vuestra madre y **pillarnos con las manos en la masa**.

PALOMO - Muy bien pensado. Vamos a apresurarnos antes de que aparezcan.

(Cogiendo a toda velocidad la tela se retiran por la puerta del interior.)

Fundido de luz

(Con mucho sigilo y tapada completamente con una capa sale Lucinda de su casa. Al girar tropieza con Palomo que va cargado con la pieza de paño. Lucinda y se retira a toda prisa para que no la reconozca)

PALOMO - *(Hablando para él)* ¡Ay... menudo pisotón! En noche con tan buena luna resulta cosa extraña tanta ceguera.

(Abelarda sale con intención de marcharse. Lleva en la mano un quinqué encendido.)

PALOMO - ¿Os marchabais?

ABELARDA - Salía a disfrutar de la luna y respirar un poco de aire fresco. ¡Y vos, cómo tenéis la desfachatez de presentaros aquí a horas tan inoportunas! ¡Qué descaro, dar pie a habladurías!

PALOMO - Es que yo...

ABELARDA - Es que yo... es que yo... ¿A vos no os enseñaron que **las lenguas desatadas cortan más que las espadas?**

PALOMO - Algo he oído, pero yo...

ABELARDA - *(Con intención)* ¡Otra vez con el dichoso yo! Claro, si es que, **quien tiene poco talento y buena memoria de lo enseñado hace pepitoria**.

PALOMO - *(Con una risita)* **No hay cosa tan bien repartida como el talento: cada cual con el suyo está contento.**

ABELARDA - Sí, y por lo que veo, vos del vuestro andáis sobrao.

PALOMO - La verdad, no tengo queja alguna del que por suerte me tocó.

ABELARDA - Lo dicho. *(Al público)* **Cada día que amanece el número de tontos crece.** Bueno, aligeraos y decirme, ¿a qué habéis venido?

PALOMO - Un servidor venía a ver a la señorita Lucinda.

ABELARDA - ¿Cómo? ¡Es que habéis perdido el juicio! ¡La señorita Lucinda a estas horas está en su alcoba durmiendo como una bendita! Y eso es lo deberíais hacer vos, que estas no son horas para andar de visiteo. Marchaos ahora mismo, y volver mañana a una hora más decente.

PALOMO - No puedo retirarme sin antes ver a la señorita Lucinda.

ABELARDA - ¡Otra vez! ¿Y a qué se debe tanta testarudez?

PALOMO - Aunque me mata el cansancio y me pude la impaciencia, tengo dado encargo de mi padre, de que precisamente esta noche, "y no mañana", he de entregarle a la señorita Lucinda "en persona", esta pieza del mejor paño de la provincia.

ABELARDA - *(Con intención)* Vaya, ¿y tiene que ser precisamente esta noche?

PALOMO - Sí.

ABELARDA - (*Burlona*) Decidme, ¿qué misterioso secreto guarda este paño para tanta impaciencia?

PALOMO - (*Rotundo*) Ninguno.

ABELARDA - (*Resuelta, acercándose el candil a la cara*) ¡Pues entonces, ya estáis aquí demás!

PALOMO - (*Retirándose rápidamente para que no le queme*) ¡Andad con cuidado con ese candil, que podríais abrasarme!

ABELARDA - Si es que no queréis ser víctima de un desgraciado accidente, ¡ya sabéis! **¡Que el que avisa no es traidor!**

PALOMO - Os repito que no puedo marcharme.

ABELARDA - **¡Y vuelta la burra al trigo!**

PALOMO - Si mis inquietos padres, ven que regreso a casa con el paño, mucho me temo, que algo me dice, que esta misma noche, sin aplazarlo más tiempo, se presentan aquí los dos en persona.

ABELARDA - (*Cambia de actitud*) Ah, pues siendo así, no podemos consentir que un par de ancianos ande rondando por ahí a estas horas de la noche. **Que, aunque vuestrros padres sean de bronce, en la calle que no les den las once.**

PALOMO - Si es por la oscuridad, los dos gozan de muy buena vista.

ABELARDA - Lo digo principalmente, porque podrían verse asaltados desde cualquier ventana, por: excrementos, orines y demás inmundicias. Siempre, claro está, al compás del correspondiente aviso, el famoso, ¡¡agua va!! Me entendéis, ¿verdad?

PALOMO - Sí, sí, claro, pobrecillos. Si es que, en este caso, **lo malo viene volando, y lo bueno, cojeando.**

ABELARDA - Como casi siempre. Y todavía hay quien dice, que **no era nada lo meado y calaba seis colchones y una manta.**

PALOMO - Ahora acierto a comprender lo que mi padre con tanto empeño me repite. (*Imitándolo*) Palomo, a las diez dejé la calle para quien es: **los rincones para los gatos y las esquinas para los guapos.**

ABELARDA - (*Mirándolo de arriba abajo*) Y es una petición muy justa, que ni vos sois un minino, ni tampoco un mozo gallardo.

PALOMO - Sí, ya.

ABELARDA - Y dejemos tanta palabrería, que voy a llamar a la señorita Lucinda antes de que goce de un sueño más profundo. Vos esperad aquí calladito y sin moveos para no dar pie a las malas lenguas.

PALOMO - No perdáis cuidado, que así lo haré.

ABELARDA - (*Hablando para ella o con el público*) Bien clarito me dejó dicho la señorita que no la molestase cuando llegase este majadero, pero si no la llamo, mucho me temo, que son capaces presentarse esta misma noche sus entrometidos padres.

Abelarda entra dentro y Palomo se queda cargado con el paño. Al momento sale tapada con un velo de gasa y cubriéndose la cara, haciéndose pasar por Lucinda.

ABELARDA - (*Hablando para ella*) Dónde estará metida la capa... (*Imitando a Lucinda*) ¿Qué deseáis de mí a estas horas tan impropias de un caballero?

PALOMO - (*Como si hubiese visto una aparición*) Señorita Lucinda yo...

ABELARDA - Vos, ¿qué? Por Dios, no demoréis más vuestra explicación. No comprendéis, que vuestra presencia aquí me pone en una situación muy comprometida...

PALOMO - Os aseguro, que no ha sido un antojo mío, muy al contrario, que ha sido el empeño de mis padres por agasajarnos esta misma noche, con esta pieza del mejor paño, traído hoy mismo de la Villa.

ABELARDA - Bien, gracias. Colocad la pieza sobre una silla y por Dios, marchaos cuanto antes, que vuestra presencia aquí podría poner en entredicho mi buen nombre. Dais las gracias a vuestros padres, y recordadles, **que esta vida hay que tomarla como viene, y no como a uno le conviene.**

PALOMO - Así lo haré.

ABELARDA - Esperad. (*Entregándole el pañuelo de Lucinda*) Tomad. En muestra de mi gratitud os hago entrega de mi pañuelo. Que estoy segura que, a vuestros padres, este pequeño detalle, les llenará de alegría. (*Coqueta*) Pañuelo... que espero me devolváis, mañana al anochecer, en la plaza.

PALOMO - (*Cogiéndole la mano y besuqueándola*) Sí, sí, gracias, gracias, y descuidad que no lo olvidaré.

ABELARDA - (*Cubriéndose coquetamente el rostro con la capa*) Por Dios, retiraos de una santa vez, que me comprometéis. (*Con la mano despidiéndole*) Hasta mañana, Palomo.

PALOMO - (*Retirándose embobado*) Hasta mañana, Lucinda...

ABELARDA - (*Quitándose el velo y riendo a carcajadas*) ¡Menudo necio! ¡El muy bobo no se ha percatado del engaño! (*Tocando el paño*) ¡Vaya paño! Ya es tener capricho mi señorita, obligarme en nombre del Conde, a llevar este buen paño a la baronesa, y yo, a obedecer. **Que donde manda patrón no manda marinero.** Aunque, si siso un pedazo, la ricachona tampoco lo va a notar... (*Coge el paño con mucha soltura y se da media vuelta*) ¡Pues a ello me pongo! ¡**Que de lo ajeno todos somos esplendidos!**

Oscuro rápido

JORNADA TERCERA

(Salen Lucinda y el Conde. Ella lleva puesto un sombrero. Está anocheciendo)

CABRALOCA - ¿Adónde vais a estas horas?

LUCINDA - Al festejo al que me invitó la señora de Rapiñez.

CABRALOCA - ¿Tan tarde?

LUCINDA - Ha empezado más temprano, pero me estoy rezagando para estar tan sólo un instante en él.

CABRALOCA - Ah, muy bien, hija, muy bien.

LUCINDA - No me apetece nada asistir al festejo de una señora tan zafia y de tanta ignorancia.

CABRALOCA - (*Tajante*) No podéis dejar de ir, es de vital importancia que asistáis a ese festejo. Y por tosca que os resulte esa mujer, es la madre de Palomo y la esposa, como bien ya sabéis de una de las mayores fortunas de la comarca.

LUCINDA - Sí, ya, pero eso no es de nuestra incumbencia.

CABRALOCA - Nos incumbe, hija, nos incumbe y mucho, porque esa hacienda nos viene muy bien para paliar las deudas que hemos ido acumulando durante estos últimos años.

LUCINDA - (*Muy sorprendida*) ¿Deudas? ¿Qué deudas? ¿Qué queréis decir, que estamos en una apurada situación?

CABRALOCA - Es algo más que eso.

LUCINDA - (*Sutilmente*) ¿Más? ¿Cuánto más?

CABRALOCA - Bastante más.

LUCINDA - (*Sin acabar de creerlo*) ¿No pretenderéis decir arruinados?

CABRALOCA - Yo no os lo hubiera dicho de manera tan brusca, ¡pero sí, Lucinda, sí, arruinadísimos!

LUCINDA - ¿Arruinadísimos? ¿Cuánto de arruinadísimos?

CABRALOCA - (*Con toda naturalidad*) Mucho, muchísimo. Todo. De hecho, lo único que nos queda de propiedad es nuestro ilustre apellido. Del cual tendremos que sacar el máximo beneficio... Me comprendéis ¿verdad?

LUCINDA - (*Con los ojos bicosos se deja caer de golpe en el sillón*) ¡No puede ser!

CABRALOCA - Pues desgraciadamente lo es. Llevar esta vida tan placentera cuesta mucho y el capital se va como una exhalación.

LUCINDA - (*Está tan sorprendida que no le sale ni el habla*) No sé qué deciros...

CABRALOCA - Ya os lo diré yo, que, **en apurada situación, hay que hacer de tripas corazón.**

LUCINDA - (*Subiendo el tono*) **¡Dulce es la guerra para el que no va a ella!** ¡De tripas corazón tendré que hacer yo, y no vos, cada vez que se me acerque ese mentecato!

CABRALOCA - Yo también sufriré de ese mal cuando tenga que hablar con ese rústico y ponerme a su altura.

LUCINDA - Pero no hay comparación.

CABRALOCA - Sólo os pido que actuéis cordialmente con toda esa ralea, el tiempo necesario para poder encandilar al padre con algún próspero negocio. (*Con una sonrisita*) **Que la fortuna es un montoncito de arena: un viento la trae y otro la lleva.**

LUCINDA - Pidamos para que no sea solo eso, arena... **Que muchas veces no es oro todo lo que reluce ni harina todo lo que blanquea.**

CABRALOCA - Aquí hay oro y mucho. De esa fortuna podéis estar segura. Lo que debéis hacer ahora, es mostraros amable con el hijo, para que logre embobarse por vos.

LUCINDA - Más bobo de lo que está... Veo que lo tenéis todo bien pensado, pero no sé, padre, no sé, que, **aunque el tonto coja la vela, esta se apaga y el tonto queda.**

CABRALOCA - Hija, la vela de esta familia, no es una vela corriente, lo de estos pueblerinos ¡es un cirio pascual de los grandes!

LUCINDA - ¿Y con el padre de ese necio cómo lo haréis?

CABRALOCA - De eso vos no debéis preocuparos, del padre me encargo yo, dejarlo de mi cuenta. Ese rústico vendería su alma al diablo por emparentar con nuestro título.

LUCINDA - Y vos venderíais a vuestra hija por emparentar con la hacienda de ese rústico.

CABRALOCA - Me ofendéis, Lucinda, únicamente busco vuestro bienestar en todo momento, y en este preciso instante, ese bienestar está en el hijo de ese tosco comerciante.

LUCINDA - Pues yo de ser vos, iría con sumo cuidado porque se dice que **hombre ambicioso hombre temeroso.**

CABRALOCA - No preocuparos, que esto será como **la habilidad del barbero.**

LUCINDA - ¿La habilidad del barbero?

CABRALOCA - **Sí, que consiste en dejar patilla donde no hay pelo.**

LUCINDA - ¡Qué cosas decís! Ya me diréis como debo hacerlo.

CABRALOCA - Habréis de esforzaros un poco utilizando las armas que utiliza toda mujer, resaltando vuestros encantos, que son muchos, para que ese necio pique el anzuelo.

LUCINDA - Pero padre, con ese simple no siento inspiración alguna. Sólo espero que **se quede como tonto en vísperas**, sin percatarse de nada de todo esto.

CABRALOCA - Eso mismo pienso yo, que **con arte y engaño se vive medio año; y con engaño y arte, la otra parte.**

LUCINDA - (*Tratando de que se marche*) Y ahora, padre, he de retirarme que se está haciendo muy tarde y he de decirle a la cocinera lo que ha de preparar para la cena.

CABRALOCA - Sí, marchad y decirle a esa mujer, que por caridad se esmerezca algo más en condimentar los platos. Y si no sabe que aprenda que **hasta en saber rebuznar tiene un poquito que estudiar.**

LUCINDA - Así se lo diré.

CABRALOCA - Hablando de rebuzno, yo también me retiro, voy a ver a ese provinciano. Si es que logro encontrarlo...

(Cabraloca se retira por la entrada principal hacia la plaza y Lucinda por la del interior. Entra Feliciano y empieza a tirar piedrecillas al interior de la casa.)

FELICIANO - Las mujeres de este pueblo son tan enamoradizas, que sería de necio no beneficiarse de la bonanza de la situación. Que **quien no sabe gozar de la ventura cuando le llega no debe quejarse si se le pasa.** (*Tirando piedrecillas*) Pero tanto andar de la Ceca a la Meca, al reclamo de sus atenciones que he olvidado cual era la señal. Pues tendré que ir con suma cautela, que un equívoco en esta casa podría costarme el pellejo. (*Para él*) **Que de la mujer y el dinero no te burles caballero.** (*Empieza sutilmente a silbar*) Aunque... en ocasión como esta, bien vale correr el riesgo silbando, que **quien no monta a caballo, del caballo no se cae.**

(Sale Lucinda, tapada con una capa y lleva un bulto.)

FELICIANO - (*Disimula, pero está muy sorprendido*) ¡Lucinda!

LUCINDA - (*Tapada con la capa y cargada con un bulto*) ¿Qué hacéis vos aquí?

FELICIANO - Perdonad, pero era tal la impaciencia por veros de nuevo que me he tomado la licencia de acudir a vuestro encuentro.

LUCINDA - (*Zalamera*) Y eso me hace muy feliz.

FELICIANO - ¿Os encontrabais tal vez con vuestra doncella?

LUCINDA - ¡No! Me hallaba hablando con mi padre de unos asuntos de poca importancia. Ha sido todo un acierto que silbaseis y toda una suerte que únicamente yo pudiese oíros.

FELICIANO - (*Con doble intención*) Sí, ha sido toda una suerte... que de otro modo...

LUCINDA - ¡Por Dios! Huyamos antes de ser sorprendidos por Abelarda

FELICIANO - Sí, rápidamente que podría ir con el cuento a vuestro padre.

ABELARDA - (*Saliendo*) No silbéis más que podría salir la seño... (*Muy cortada, los ve salir a toda prisa hacia la plaza*) ...rita. (*Llamándola*) ¡¡Señorita!! ¡Señorita Lucinda! ¡Ese bufón de una servidora no se burla! **A secreto agravio, secreta venganza.**

(*Sin ser vista Abelarda sale detrás de ellos. Visitación viene muy alterada a toda prisa de casa y tropieza con Custodio que volvía a ella.*)

Música de violín.

VISITACIÓN - ¿Dónde andabais metido?

RAPIÑEZ - Haciendo lo que corresponde a nuestra futura posición, dejándome ver en la plaza, soportando el insípido concierto.

VISITACIÓN - ¡Ay, Custodio, Custodio, qué desgracia! ¡Qué desdicha tan grande!

RAPIÑEZ - ¿Ha ocurrido algo con Palomo?

VISITACIÓN - No. Y tampoco sé ni dónde anda metido.

RAPIÑEZ - Pues...

VISITACIÓN - (*Clamando*) ¡Mi precioso festejo, con el trabajo que me di y toda la ilusión que había puesto en él!

RAPIÑEZ - Calmaos y decirme, ¿qué pasó, os faltó cacao?

VISITACIÓN - ¡Dejaos de cacao! ¡El cacao ha estao de más! ¡Qué va a pasar! Que únicamente se ha presentado la vieja de la casa de al lado.

RAPIÑEZ - Pero vos habíais invitado a esa vieja?

VISITACIÓN - ¿Yo? ¡Yo que voy a invitar a ese adefesio! La ha mandado la hija, al olor de los bollos. Y como soy tan compasiva me dio pena echarla. La muy... tragona, se ha puesto morada de zampar bizcochos y ciega de beber licor.

RAPIÑEZ - Era de esperar en ese tipo de personas. Y eso que os tengo dicho que **os guardéis de falsa vieja y de risa de mal vecino.**

VISITACIÓN - Para risa la que le ha agarrao a la hija, cuando me ha visto entrar en su casa tirando de la vieja, borracha como una cuba y diciendo nada más que sandeces. La muy... Riéndose a carcajadas iba canturreando, **¡Tú que no puedes, llévame a cuestas!** y **¡Donde no hay jamón ni lomo, de todo como!**

RAPIÑEZ - ¡No tenéis vos el espinazo como para cargar a nadie y menos a esa vieja chismosa! Se quejará la vieja esa de lo que ha tragao ¡Menuda entrometida! **En su casa no tienen sardinas y en la ajena pide gallina.**

VISITACIÓN - (*Gimoteando*) Esto me pasa por no tener un título de nobleza. Pero eso no ha sido lo peor Custodio.

RAPIÑEZ - (*Haciéndole una caricia*) ¿No...? Pobrecita mi Visitación, que no gana para disgustos.

VISITACIÓN - ¡La muy desvergonzada de Cristinica ha aprovechao mi salida para robarme de la despensa: ¡dos rosarios de chorizos, una hogaza de pan, una pieza de tocino y una bota del mejor vino!

RAPIÑEZ - (*Alterado*) ¡Qué barbaridad! ¡Menuda ratera! Y vos, por qué no habéis escondido bien escondida la llave.

VISITACIÓN - Claro que bien escondida la tengo, miradla, (*Saca una llave enorme del escote*) del cuello colgada la llevo.

RAPIÑEZ - Pues no alcanzo a comprender cómo ha podido abrirla esa desalmada, porque esa cerradura tiene su truco.

VISITACIÓN - (*Rabiosa*) ¡Mira que robarme a mí! Esa desgraciada, así me paga el haberme desvivido por enseñarle buenos modales y a comportarse como una señorita.

RAPIÑEZ - **De desagradecidos el mundo está lleno**, y esa desvergonzada es una de ellos. Lo que tenemos que hacer ahora es correr a la plaza a ver si tenemos de suerte y logramos darle alcance.

VISITACIÓN - Sí, eso, a ver si es verdad que tenemos un poco de suerte en algo. Vamos, rápido, antes de que esa ratera se trague todo lo que nos ha robado, **que bocado engullido, bocado perdido**. Y esta misma noche nos acercamos a casa del Conde, a pedirle una explicación a Lucinda por faltar a su palabra.

RAPIÑEZ - Así lo haremos, Visitación. Vamos por ese callejón, que en la plaza no estaba.

(*Salen a toda prisa por el lateral izquierdo.*)

(*Por el centro de la plaza el CONDE y la BARONESA.*)

BARONESA - Señor Conde... Os he buscado en el concierto.

CABRALOCA - Y yo a vos, también.

BARONESA - (*Con mucha pompa*) ¡Qué maravilloso sonido, ha sido toda una delicia para los oídos!

CABRALOCA - Ciento. Era sorprendente la fuerza que emanaba de ese violín, qué resonancia realmente admirable. ¿Y decíais que me buscabais?

BARONESA - Sí. Para recordaros nuestra cena. (*Con una risita*) Y la impaciencia me domina por poneros al corriente sobre la venta de esas tierras que tanto dolor de cabeza os están dando.

CABRALOCA - (*Embaucador*) Vaya, ¿Ya os habéis decidido a comprar? Como ya os dije, son unas ricas tierras. Baronesa, estáis tomando una sabia decisión.

BARONESA - No, Conde, no, no os precipitéis. Que **el cuento, para que sea cuento, es preciso que venga a cuento**.

CABRALOCA - ¿Cómo?

BARONESA - Veréis, si en lugar de tierras fuesen cuadros o tapices, ahora, vos y yo estaríamos hablando de negocios... pero tierras, no. No tengo ni el más mínimo interés en esas tierras. No sabría qué hacer con ellas...

CABRALOCA - (Confuso) ¿Entonces...?

BARONESA - (Riendo) Como bien os prometí, (Coqueta) y yo siempre cumple mi palabra, os he buscado un magnífico comprador para ellas.

CABRALOCA - ¿Ya? ¿De veras?

BARONESA - Sí. **Qué ocasión venida, aprovéchala enseguida.**

CABRALOCA - (Impaciente) Y decidme, ¿de quién se trata?

BARONESA - (Coqueta) No seáis impaciente, Conde, que ya lo sabréis a su debido tiempo. Me pidió que guardase el secreto, porque quiere ser el mismo quien os dé la buena noticia.

CABRALOCA - ¿No podéis adelantarme nada?

BARONESA - Ya os he dicho que di mi palabra. Aunque tratándose de quien se trata, me atrevería a asegurar que esas tierras, además de otras riquezas, por caprichos del destino podría volver a vos, como parte de la hacienda en una futura boda.

CABRALOCA - (Muy contento) No me digáis más, no me digáis más, que ya intuyo de quien se trata.

BARONESA - Y veo que la noticia os ha llenado de gozo.

CABRALOCA - Sí, no sabéis cuánto.

BARONESA - Hacen tan buena pareja...

CABRALOCA - Si vos lo veis así. (Con una sonrisita) Aunque bien pensado, **más vale una mala boda que un buen entierro.**

(Por el mismo centro aparece Visitación y Custodio.)

VISITACIÓN - Hemos dado toda la vuelta y ni rastro de esa miserable.

BARONESA - (Sin dejarlos abrir boca) Señores de Rapiñez, por vuestras caras deduzco que venís de disfrutar del magnífico concierto.

RAPIÑEZ - Eso de magnífico es discutible. Ese músico ha tenido la desfachatez de anunciar tan alegramente que tocaría él sólito, sin más acompañamiento que ese violín, porque tenía la gran suerte de haberse extraviado varios. ¿Varios? ¡Han sido todos!

BARONESA - (Riendo) Quiero imaginar que ese comentario obedece a un gran sentido del humor, porque de otra manera podría pensar que en cuestión de música gozáis de una gran ignorancia.

CABRALOCA - (*Tratando de sacarle de apuro*) Baronesa, el comerciante Rapíñez, sólo trataba de hacer broma con ese violín, pero él sabe bien sabido que ese instrumento es único, que se trata de todo un Stradivarius.

RAPIÑEZ - (*Se queda con la boca abierta*) Ah, sí claro. Si a mí me da lo mismo que ese músico toque sólo o con varios, porque yo **sigo la regla del tío Camuñas, que cada cual se rasque con sus uñas.**

VISITACIÓN - Señor Conde, con vos queríamos hablar.

CABRALOCA - (*Con una gran sonrisa*) Sí, yo también estaba impaciente por encontrarme con vos. La Baronesa ya me ha puesto al corriente de vuestras intenciones...

VISITACION - ¿La Baronesa? ¿Qué tiene que ver la Baronesa con nosotros?

CABRALOCA - Las tierras, ¿lo recordáis?

RAPIÑEZ - ¿De qué tierras está hablando, Visitación?

VISITACIÓN - Sé lo mismo que vos, Custodio, de tierras nada de nada.

BARONESA - Señor Conde que no...

RAPIÑEZ - (*Cortándola*) Señor Conde, ¿no estaréis confundido y hablaríais con Palomo cuando fue con el paño?

CABRALOCA - Paño, ¿qué paño?

VISITACIÓN - El paño que nuestro querido Palomo llevo al anochecer a vuestra hija.

BARONESA - (*Muy sonriente y zalamera sin dejarle contestar al Conde*) Hablando de paño, os doy las gracias por la pieza del buen paño que me trajo esta mañana vuestra sirvienta. Y Claro está, **quien algo recibe a dar se obliga.**

CABRALOCA - Es lo menos que puedo hacer por vos.

RAPIÑEZ - Baronesa, ¿de qué color era ese paño?

(Entra corriendo Abelarda)

ABELARDA - ¡Señor Conde, señor Conde!

CABRALOCA - ¿Qué os ocurre para venir con tanto alboroto?

ABELARDA - (*Haciendo la comedia*) ¡La señorita Lucinda ha huido con el hijo del Marqués de Chinarro!

CABRALOCA - (*Muy alterado*) ¡¡No, eso no!! ¡Lucinda no puede marcharse con ese bellaco! ¿Por qué mi hija me hace esto?

BARONESA - (*Risueña*) Vamos, Conde, no os lo toméis tan a la tremenda. El amor... el amor que no tiene espera.

CABRALOCA - (*Alterado sin medir sus palabras*) ¡Dejad de decir simplezas! Tenéis **la cabeza blanca y el seso por venir**.

BARONESA - (*Cortada*) ¡Señor Conde...!

CABRALOCA - ¡Si ese rufián se atreve a manosear a mi hija lo buscaré hasta en el infierno! ¡No sufriré otra vez el mismo ultraje por parte de esa familia!

VISITACIÓN - ¿Se portaron mal con usted, señor Conde?

ABELARDA - Vamos, señor, desahogaos, que no es bueno guardar la amargura.

VISITACIÓN - Tiene razón vuestra sirvienta. No hay que guardar nada, que luego se enquista y ya tenemos ahí la dolencia. Cuente, cuente, ¿qué fue lo que ocurrió con el Marqués?

CABRALOCA - (*Hundido se dirige a Abelarda*) Contadlo vos, que yo me he quedado sin fuerzas.

ABELARDA - (*Como si contase un cuento*) Verán, el pobre Conde fue un esposo ejemplar, y nunca supo negarle nada a su señora y para ello salía cada tarde a vigilar sus negocios y ya saben, **a marido ausente, amigo presente**.

VISITACIÓN - Ese amigo era el Marqués de Chinarro, ¿no?

CABRALOCA - ¡Sí, era ese bribón! ¡Cuando los pillé juntos debí atravesarlo con mi espada como a un cerdo! **¡Que no hay placer tan regalado como verse uno vengado!** ¡Corro en busca de mi espada para reparar mi honor!

(*Se retira a toda prisa hacia el interior de la casa*)

ABELARDA - ¡Señor que os perdéis!

BARONESA - A este Conde, ya le había yo notado un rechazo algo extraño.

RAPIÑEZ - **La cabra que tira al monte, no hay cabrero que la guarde.**

ABELARDA - Lo peor de todo es que se marchó con una compañía de cómicos, llevándose la mayor parte de su fortuna. Pobre Conde, durante todos estos años ha tenido que hacer juegos malabares para poder ir tirando.

RAPIÑEZ - O sea, que está en la completa ruina.

ABELARDA - Sí. Y me retiro que el Conde estaba muy perturbado y es muy capaz de cometer una locura. (*Al público*) Yo he perdido a mi cómico, pero ella, tampoco ha de disfrutar del hijo del Marqués. **No será bueno vengarse, pero no es malo desquitarse.**

(*Se retira hacia la plaza*)

RAPIÑEZ - Has oído Visitación, ¡la ruina! ¡De la que nos hemos librado!

VISITACIÓN - De la miseria y la locura. Que llamándose Cabraloca, a voces ya lo pregonaba el nombre.

BARONESA - Yo les dejo, que ya he tenido bastante entretenimiento por hoy. A propósito, el paño es de un color precioso, un color... indefinido.

RAPIÑEZ - (*Con intención*) Baronesa, no necesitamos los detalles, nos hacemos una idea...

BARONESA - Siendo así, con su permiso me retiro.

VISITACIÓN - Custodio, corramos a la plaza en busca de Palomo antes de que nos lo seduzcan con malas artes.

RAPIÑEZ - Sí, corramos, porque **en mi dinero y mi zaranda ningún conde manda**.

(Se despiden, y los Rapiñez se retiran por la plaza y la Baronesa por el lateral izquierdo. Por el lateral derecho entran corriendo Feliciano y Cristinica, en la mano llevan un hatillo cada uno.)

FELICIANO - Al fin, pudimos desorrientarles, vos a vuestros amos y un servidor a ese malhumorado Conde. La suerte es que Abelarda ya me puso sobre aviso, pero, aun así, no he logrado comprender nada de lo que con tanto ahínco vociferaba ese Conde.

CRISTINICA - Esos insultos iban dirigidos a un tal Marques de Chinarro. El pobre berreaba con tal desprecio...

FELICIANO - (*Muy contento*) Si es que en asuntos de honores que cada cual resuelva los suyos, que bien dicho está aquello de **hombre vengado corazón apaciguado**. (*Cambio*) Entonces, decís que abristeis la despensa y...

CRISTINICA - (*Riendo*) ¡Y aquí traigo todo lo que a esa gruñona le cogí!

FELICIANO - Yo también fui avisado y entre señoras y criadas, entre las unas las otras, de viandas, mi buena bolsa me llevo.

CRISTINICA - Como las conquistasteis a todas... Que bebían los vientos por vos.

FELICIANO - Ellas, que son enamoradizas y uno que ha corrido lo suyo y cuando aprieta el hambre, hay que agudizar el ingenio más que nunca, **que más discurre un hambriento que cien letRADOS**.

CRISTINICA - (*Riendo*) Ya lo creo. ¡Y la compañía, dónde nos espera?

FELICIANO - A las afueras, a una legua, tenemos prohibido acampar dentro del pueblo. Por eso somos llamados los cómicos de la legua.

CRISTINICA - No sabía nada de eso. ¡Y es muy dura la vida del cómico?

FELICIANO - Sí, mucho. Sabed que los cómicos somos despojados de todo derecho, incluso el de ser enterrados en camposanto, pero otros tiempos vendrán, en los que seremos: queridos, admirados, idolatrados, y por qué no, ¡hasta premiados! (*Al Público*) Que, si lo piensan bien, que sería de esta

perra vida sin nuestras chanzas y nuestros enredos. (*Corriendo hacia el lateral derecho*) ¡Salgamos cuanto antes de este pueblo febril! **¡Que a las fuerzas del amor el que huye es vencedor!**

Corriendo igual que al entraron se retiran por el lateral derecho. Por el centro sale Palomo con el pañuelo en la mano, camina de un lado a otro con aspecto cansado buscando a Lucinda y al mismo tiempo se va cerrando el telón.

VOZ EN OFF. - El que tonto va a la guerra, tonto vuelve de ella.

TELÓN

